

Dossier | Variaciones en torno al socialismo argentino

La experiencia política y cultural del socialismo argentino ha sido objeto de atención creciente en los últimos años, particularmente entre una nueva generación de historiadores que en el entrecruzamiento de una renovada historia política y las herramientas provenientes de la historia intelectual, han revisitado temas, problemas y figuras de aquella tradición o bien iluminado otros poco o nunca analizados. En este marco se ubican los artículos que integran este *dossier*. El primero pertenece al investigador Juan Manuel Viana, becario doctoral de Conicet y docente de la Universidad Nacional de Rosario, quien a partir de una cuidada reconstrucción discursiva analiza la recepción de Jean Jaurès en el socialismo argentino y las interpretaciones contrastantes en torno al tópico del «socialismo ético» con el que se asoció la figura del francés. José Augusto Piemonte, doctorando de la Universidad de Buenos Aires, analiza la cuestión del librecambio como elemento organizador de la tradición socialista en la Argentina y el rol que este jugó en el posicionamiento del partido comandado por Juan B. Justo en el seno de la Segunda Internacional. Por último, María Cristina Tortti, docente e investigadora de la Universidad Nacional de La Plata y autora de **El viejo Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda** (2010), reconstruye la experiencia del periódico **Soluciones**, publicación que en el marco de la llamada «traición Frondizi» resultó un temprano ensayo de articulación política entre fuerzas de la izquierda socialista y comunista y el peronismo proscripto.

Jean Jaurès en el discurso del socialismo argentino: Juan B. Justo, Alejandro Korn y la cuestión del socialismo ético*

Juan Manuel Viana

«... resulta doblemente curioso que nunca se haya intentado analizar el paralelismo de ambas figuras del socialismo [Justo y Jaurès], ni siquiera a la luz de un texto tan sugerente e ilustrativo como las conferencias porteñas de Jaurès»

(José Aricó, **La hipótesis de Justo**, Bs.As., Sudamericana, 1999, p.92)

1. Cuestiones de método

En ocasiones, la historia del pensamiento socialista tiende a igualar a todo un conjunto de formas ideológicas, bajo la nota de su carácter no-revolucionario. Revisionismo, reformismo, parlamentarismo, gradualismo, democratismo, integrarían una lista de rótulos intercambiables, que son pasibles de adquirir especificidad histórico-espacial, aunque no matices teórico-conceptuales. La denuncia de tal simplificación, por su parte, corre con otro riesgo: el exceso normativista. Pensar a los textos como «más cerca» o «más lejos» de una definición adecuada de los diversos perfiles doctrinarios, implica soslayar que dichos textos fueron concebidos para intervenir en debates y luchas puntuales: una interpretación «por definiciones», tiende a empobrecer nuestra comprensión histórica.

Sabemos que las intervenciones intelectuales surgen en el lábil campo de la retórica política: nuestro rescate suele ofrecérselas reificadas, como piezas teóricas consumadas. La tarea de una historia político-intelectual es reconstruir las redes en las que se plasma el significado de tales intervenciones, bajo al menos dos variables: discurso y tradición. Si el «discurso» es el horizonte de aquello que se puede nombrar y pensar en un determinado tiempo-espacio; y la «tradición» consiste en operaciones de otorgamiento de continuidad a un grupo de nombres para relanzarlos como ideas ante horizontes cambiantes; parece constituir una

auténtica decisión metodológica el que optemos por una de las dos perspectivas analíticas. La apuesta por el discurso, pone en suspenso la efectividad de una continuidad semántica; al estudiar la continuidad, se relativiza el horizonte discursivo en tanto mero «contexto». Articular ambas dimensiones constituye un desafío epistemológico: emprenderlo sin recaer en viejos vicios aparece como el suelo mínimo de condiciones.

En nuestro objeto, debemos abocarnos a interpretar un horizonte discursivo: el del llamado «antipositivismo argentino». Bajo este rótulo, se ubica a una serie de expresiones que coinciden en denunciar el determinismo, reivindicando la existencia de lo que hoy llamaríamos un resto no objetivable, que adquiere diversos nombres: su coordenada filosófica es un genérico «subjetivismo». Por otra parte, un efecto de tradición ha querido que tal rótulo no venga a marcar una ruptura con la expresión de una política científica socialista —coordenada del socialismo del Centenario— sino que, por el contrario, se integrara en una línea de intervención política que habría adquirido una suerte de autoconciencia ética, latente desde los inicios. Hacia finales de los años veinte, Korn lee a Justo como un socialista ético «no explícito» y a Jaurès como el modelo a seguir; Américo Ghioldi reivindica a los tres para justificar, contra el peronismo, un socialismo heredero del liberalismo. No se trata de reescribir la tradición socialista en un recto sentido. Pero indagando en la complejidad de horizontes de sentido, a la vez que en el sentido retórico de algunas intervenciones de Jean Jaurès, Juan B. Justo y Alejandro Korn, pretendemos aportar elementos para pensar los modos en que *una* tradición socialista tramitó las rupturas discursivas desde sus diversas fundamentaciones.

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en las «Vas. Jornadas de Historia de las Izquierdas», organizadas por el CeDInCI, los días 11, 12 y 13 de noviembre de 2009, en Buenos Aires. Agradecemos a Adriana Petra, Horacio Tarcus y Patricio Geli la invitación a colaborar con la presente edición.

2. Política y metafísica en Jean Jaurès

Varios historiadores de las ideas, han indagado en la obra específicamente filosófica de Jean Jaurès: el n° 155 de **Cahiers Jaurès**, está dedicado íntegramente a tal tópico:¹ especialistas en filosofía como André Robinet y Alexis Philonenko dan relieve a tal volumen. A la vez, al menos dos tesis doctorales relativamente recientes abordan, más profundamente, la relación entre pensamiento político y metafísica en Jaurès.² Con anterioridad, Leszek Kolakowski había dedicado al francés un muy valioso capítulo de su extensa obra sobre las distintas corrientes teóricas del marxismo³. Dicho vínculo no puede ser soslayado: en 1881, Jaurès egresa de *l'École Normale Supérieure* como uno de los tres mejores promedios, por detrás de Lesbazeilles y el mismísimo Henri Bergson.⁴ Devenido en legislador republicano en 1885, al no ser reelegido en su banca retoma su actividad académica, hacia finales de la década, doctorándose en filosofía hacia 1892 con dos tesis: «*De la réalité du monde sensible*»⁵ y «*De primis socialismi germanici lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel*».⁶ En 1893, ya puede considerarse a Jaurès un político socialista, pues ingresa al parlamento en representación de la facción socialista de Benoît Malon, opuesta a la ortodoxia kautskiana de Jules Guesde. Devenido político profesional, su obra no disminuye en cantidad ni calidad, aunque sólo pasa a retomar los temas de metafísica cuando estos vienen a apuntalar cuestiones más afines a la discusión teórico-doctrinaria: sus interlocutores han cambiado y Jaurès pasa a ser uno de los más destacados intelectuales del alto cuadro dirigencial de la II Internacional Socialista. Convertido en una figura de armonización práctica, logró no obstante sentar los principios teóricos de un tipo de interpretación del socialismo que gozó de amplia aceptación. De modo muy simplificado, podría intentarse resumir su pensamiento socialista bajo las siguientes coordenadas.⁷

a) En moral o en política, el socialismo es una fuerza inscrita en la historia del hombre; pero ésta, bajo una mirada de tipo pan-teísta-evolutivo, es pensada a su vez bajo la amplia legalidad del universo, que responde a una tendencia hacia la armonía

final. Históricamente, se trata de un ideal multiforme y sobre-determinado, que adquiere en el siglo XIX el nombre de socialismo, pero que viene a coronar el despliegue evolutivo de todas aquellas luchas que se dieron en nombre de la igualdad, la justicia y la libertad. Por tanto, el socialismo no está reñido con el republicanismo, sino que es una forma superior de realización del gran ideal de Humanidad, en el cual ambas formas políticas se inscriben.

- b) Supuesto este carácter acumulativo de la historia, y aun de todo el devenir cósmico, la figura que predomina en Jaurès es la de la evolución sin pérdidas: su pensamiento es el de una síntesis, como el de la dialéctica. Pero para el francés, las contradicciones en las que se expresa toda forma histórica no se resuelven necesariamente bajo la forma del conflicto: cree en la síntesis armónica. Por ello, descrea de la hipótesis marxiana de la necesidad de la pauperización general.
- c) No obstante el tono metafísico de su visión del socialismo, Jaurès considera al proletariado como el encargado de llevar adelante la realización del ideal de justicia, igualdad y libertad. Plasmada la contradicción entre «hombre-instrumento» y «hombre-fin en sí mismo», que revela la relación del salariado, los trabajadores están llamados a manifestar el ideal de justicia bajo la máxima potencia de su necesidad vital. Al trabajador le *va su vida* en realizar al Hombre: su particularidad, es la vía de la generalidad.
- d) El camino por el cual se asciende hacia el ideal es, como dijimos, progresivo: contempla a la democracia como forma privilegiada de ese ascenso. Y si bien no opera económica y tácticamente como un reformismo liberal, contempla, sí, la necesidad de integrar a las clases bajo la potencia del ideal socialista.
- e) Por la misma lógica evolutiva, la forma nacional no es concebida por Jaurès como un contrapeso del socialismo: considera que cada ascenso hacia la armonía se debe montar en la historicidad y la particularidad cultural de cada nación. Internacionalismo, en Jaurès, supone una previa constitución de naciones. Profundamente identificado con la cultura francesa, se mantiene en constante alerta y diálogo con la cultura y política alemana.

¹ **Cahiers Jaurès**, París, n° 155, janvier-mars 2000: «Jaurès philosophe. Colloque», París 1999. Se trata de la publicación de la *Société d'études jaurésiennes*, dirigida hasta 2005 por la historiadora Madeleine Rebérioux, y desde entonces por el también historiador Gilles Candar.

² Brumert, Ulricke, **L'universel et le particulier dans la pensée de Jean Jaurès. Fondements théoriques et analyse politique du fait occitan**, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1990, y Antonini, Bruno «Une nouvelle thèse de doctorat sur Jaurès» en **Cahiers Jaurès**, n° 165-166, 2002/3-4, pp. 57-62.

³ Kolakowski, Leszek, **Las principales corrientes del marxismo**, Madrid, Alianza, 1985, Tomo II, pp. 118-142.

⁴ Lévy-Bruhl, Lucien, **Jean Jaurès. Maestro y mártir del socialismo**, Buenos Aires, El quijote, s/f, p. 35.

⁵ Jaurès, Jean, «*De la réalité du monde sensible*», en **Oeuvres de Jean Jaurès**, Max Bonnafous, Les éditions Rieder, 1937, tomo VIII.

⁶ Jaurès, Jean, **Origines du socialisme allemand**, Paris, Les Écrivains réunis, 1927, en <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k56521817> consultado el 01/12/2010.

⁷ Retomando las lecturas antedichas, hemos explorado la relación entre política y metafísica en Jaurès, en nuestra investigación para el seminario de doctorado dictado por el Prof. Patricio Geli, «Itinerarios del pensamiento socialista en tiempos de la II Internacional: momentos europeos y argentinos» Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1er. Cuat, 2008.

3. Jaurès y el marxismo

Aunque pueda presuponerse lo contrario, en el denominado *Bernstein Debate*, Jaurès sienta posición a favor de la posición de Kautsky. El francés se declara, entonces, defensor de la «vía revolucionaria». Ahora bien, ¿qué significado tiene la «revolución» en Jaurès? Más allá de puntuales salvedades, no significa avalar el ataque violento o *coup de main*: más bien, parece ser el modo de considerarse heredero de la tradición revolucionaria francesa. La figura conceptual elegida por Jaurès resulta paradójica: «evolución revolucionaria».⁸ Este posicionamiento, sin dudas, puede considerarse como un mero giro retórico y táctico para seguir perma-

⁸ Jaurès, Jean, **Estudios socialistas**, Valencia, Sempere, 1909, p. xv.



neciendo bajo la línea doctrinaria marxiana. No obstante, revela otras dimensiones: principalmente, dos diferentes modos nacionales de insertarse en dicha línea.⁹ Para Eduard Bernstein, ser revisionista de Marx implicaba, antes que nada, ser un marxista. El modo de abandonar su ortodoxia, suponía considerar al socialismo como una ideal racional que permitiría organizar la vida económica, jurídica y social de un pueblo del mejor modo posible. Negando a la economía marxiana su status de conocimiento, Bernstein diferencia implícitamente un valor científico y un valor ético del marxismo. El capitalismo, para el teórico del revisionismo, es una forma de vida mucho más estable que la que proyectó Marx; no es ajustada la idea de una determinación económica sobre las identidades revolucionarias; por ende el socialismo, si es algo, debe ser un ideal racional de sociedad. Esto, en clave de filosofía alemana, significa: Marx, menos Hegel, más Kant. Con Jaurès, por el contrario, no asistimos a un pensador de matriz marxiana. Marx, es para él un momento de la evolución de ese gran ideal de Humanidad. Debe ser tomado como uno de sus defensores más lúcidos: el que pudo revelar la forma de la evolución histórico-material de la gran lucha universal. Pero tomar al marxismo como dogma es un error: Jaurès propone a las filosofías de la historia idealistas y materialistas como dos modos complementarios de describir la Vida. No se puede separar, más que intelectual y abstractamente, materia y forma.¹⁰ Jaurès, entonces, no puede ser asimilado al revisionismo, pues ubica a Marx en un desarrollo amplio de la historia del socialismo. Y aun más, no representa, en términos filosóficos, una posición de socialismo ético similar a la neokantiana: para Jaurès, la idea de *Justicia* está ya inscrita en el devenir cósmico. En rigor, la «idea» no es una invención de la racionalidad humana: su expresión moderna es una actualización de potencias previas. El modelo metafísico que opera en Jaurès es del tipo neoplatónico-romántico: el cosmos se reorganizará, desde su ruptura, en un retorno a la unidad original, que es coincidente con la armonía final. En ese ascenso, las determinaciones se acumulan. ¿Cómo opera esta idea metafísica en su concepción política? El socialismo, siguiendo a Benoît Malon, será para Jaurès una suerte de instinto de solidaridad: la moralidad humana es una especie de facultad innata¹¹. No se trata de seguir un ideal racional que plantee un salto entre el ser y el deber ser: sino, más bien, de seguir una suerte de orden natural, que se encuentra siempre en pugna con las potencias disolventes. No obstante —en este monismo o panteísmo evolutivo— el triunfo del principio de armonía se presenta como garantizado.¹²

Finalmente, en el terreno estratégico, aun siendo un sostenedor de figuras y metáforas revolucionarias, el modo jauresiano de rea-

lización del socialismo es asimilable al modelo reformista: las mejoras de la vida de los trabajadores se tramitan por la racionalización política de las luchas. El parlamento sigue siendo el ámbito privilegiado: lugar de la república y del socialismo.

4. La visita de Jaurès: primera recepción.

Jaurès no fue un hombre de largas travesías: salvo breves viajes europeos, permaneció casi toda su vida en Francia. Su gira sudamericana en 1911 representa un acontecimiento significativo aun para los historiadores franceses. El número 139 de *Cahiers Jaurès*, de enero-marzo de 1996, está dedicado a pensar su gira por Brasil, Uruguay y Argentina, y las consecuencias mutuas de su visita.¹³ No podemos detenernos aquí en aspectos relevantes de dicha visita: acontecimiento tan cultural como político, inscripto en la estela de otras célebres visitas europeas¹⁴. El propio Juan B. Justo había invitado a Jaurès a la Argentina, en el Congreso de la Internacional Socialista de Copenhague, en 1910. Podemos leer la invitación como una pretensión de validación del socialismo argentino, después del debate con el italiano Ferri, en 1908. Éste, recomendaba al Partido Socialista argentino reinterpretar la realidad argentina —a juicio de él incapaz de generar un partido obrero o socialista— para pasar a asumir un rol de Partido Radical a la franco-italiana, sin abstencionismo, y con un programa de reformas y democratización política. Si Justo había sabido, relativamente, resistir el embate del italiano —mediante una defensa heterodoxa de la necesidad del socialismo en una sociedad con preeminencia rural, y con urbes en rápida formación— la valoración jauresiana del socialismo argentino vendría a reforzar su lectura, ahora desde una voz quizá más poderosa que la del propio Ferri. Jaurès y Ferri solían representar posiciones opuestas al interior de la Internacional. Como hemos dicho, el francés defendía la idea de que cada realidad nacional desarrolla una forma política con su validez específica: en su caso, esto implicaba resistir la generalización del modelo alemán del Partido Social Demócrata. La extraordinaria integración de Jaurès al medio argentino supuso en ese sentido un éxito: la labor del socialismo argentino fue revalidada por uno de los principales dirigentes socialistas del momento.

El francés, llegado al país el 1° de septiembre de 1911, ofreció ocho conferencias pagas: siete en el Teatro Odeón de Buenos Aires, y una en el Teatro Argentino de La Plata. Luego, se dispusieron algunas charlas gratuitas con militantes socialistas. Salvo la pronunciada en La Plata, fueron todas transcritas taquigráficamente por el joven Antonio de Tomaso, y rápidamente reunidas en un volumen editado por La Vanguardia.¹⁵ El temario de las conferencias quedó a total criterio de Jaurès. Los títulos de las conferencias fueron:

⁹ Jousse, Emmanuel, «Jaurès et le révisionnisme de Bernstein: logiques d'une méprise», en *Cahiers Jaurès*, Paris, n° 192, 2009, pp. 13-49.

¹⁰ Jaurès, Jean y Lafargue, Paul, *Idéalisme et matérialisme dans la conception de l'Histoire*, Paris, Publications du groupe des étudiants collectivistes, 1895- <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5448071m.r=.langES>, consultado el 01/12/2010.

¹¹ Jaurès, Jean, «Preface a 'La morale sociale' de Benoît Malon», en *Revue du Mauss permanente*, Paris, 23 mai 2007, en <http://www.journaldu-mauss.net/spip.php?article121>, consultado el 01/12/2010.

¹² Esta diferenciación metafísica entre un «socialismo ético» neokantiano y un «socialismo moral» panteísta, puede leerse en Kolakowski, *op. cit.* pp. 240-283.

¹³ En un reciente artículo, Carlos Miguel Herrera se hace eco de este volumen, incorporando fuentes argentinas para pensar las consecuencias de la visita a la Argentina de Jaurès, y de cómo impactó en el francés su lectura de la realidad argentina. Cfr. Herrera, Carlos, «Jaurès en la Argentina: la Argentina de Jaurès», en *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 37, segundo semestre 2009.

¹⁴ Sarah Bernardt, Paderevski, Caruso, Anatole France, Georges Clemenceau, Enrico Ferri, entre los principales.

¹⁵ Jaurès, Jean, *Conferencias. Con prólogo de Juan B. Justo*; Buenos Aires, La Vanguardia, 1911.

La fuerza del ideal; Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas; Nacionalidad, democracia y clase obrera; La política social en Europa y la cuestión de la inmigración; La organización militar de Francia; Las consecuencias de una guerra europea y los medios de garantizar la paz; Civilización y socialismo; El Partido Socialista Argentino.

Lúcidamente, Jaurès logró que su visión del socialismo surja a partir de un análisis de la historia material e ideal argentina. Ubicó a Juan Bautista Alberdi como figura central de las ideas argentinas.¹⁶ Buena parte de sus exposiciones lo ocupó el problema de las nacionalidades: en qué medida las burguesías nacionales pugnan por su conformación en los países de inmigración masiva como en la Argentina, y qué tarea le cabía al socialismo respecto a la incorporación a la vida cívica de esas masas.

La primera de sus conferencias, por otra parte, resumió su visión de la filosofía de la historia. *La fuerza del ideal* puede leerse como una síntesis de su intervención en el debate con el marxista Paul Lafargue, hacia 1895, titulado «El idealismo en la historia». En este texto, Jaurès expresa que las visiones idealista y materialista de la historia deben complementarse. La evolución puede explicarse en una clave idealista, como la lucha de los hombres por realizar un arcaico anhelo de igualdad: las modernas formas, como ideales, reactualizan una serie que es tan antigua como el hombre mismo, animal que porta en sí una suerte de instinto de solidaridad. A la vez, el nervio de la explicación materialista marxiana residiría en una contradicción física: se utiliza al hombre, fuerza viviente, como una máquina o fuerza sin vida. Se pregunta Jaurès si dicha contradicción, lejos de refutar al socialismo ideal, no viene a reencontrarse con él. Pues la contradicción de un capitalismo que hace del hombre un medio y no un fin en sí mismo puede leerse tanto desde una clave idealista como materialista. En una sintonía nada lejana del propio bergsonismo —que supone una unidad ontológica, pero un dualismo metodológico— afirma: así como no se puede cortar al hombre en dos, disociando vida orgánica y vida consciente, no se puede cortar en dos la humanidad histórica, y disociar en ella vida ideal y vida económica.¹⁷ En la conferencia argentina va más allá: la evolución material puede ser pensada como la afirmación de un ideal. Aun el determinismo económico reconoce que hay una suerte de «plan» que se cumple con inexorabilidad. A ese plan, que las ciencias naturales otorgan un lugar central, Jaurès lo llama «ideal». De hecho, la «idea de evolución» lo es por antonomasia: bajo la misma lógica, el ideal de técnica subyace al despliegue tecnológico efectivo. Así, Jaurès busca reconciliar materialismo e idealismo como concepciones complementarias de la Historia. No obstante, el elemento ideal es el que resulta privilegiado: la obra político-social se alimenta de hombres que experimentan vivamente un ideal moral y estético, el de justicia y el de belleza.

¹⁶ Para Diana Quattrochi-Woisson, esta opción revela qué tan profundamente interpretó Jaurès el linaje liberal y reformista del socialismo argentino. Cfr. «Jaurès, Alberdi et l'historiographie argentine», en *Jean Jaurès cahiers trimestriels*, n° 139, pp. 85-101.

¹⁷ Cfr. Juan Jaurès y Pablo Lafargue, *El concepto de la historia (controversia)*, Barcelona, Centro Editorial Presa, s/f, pp. 5-35.

¿Vale clasificar entonces a Jaurès como un idealista? Genéricamente sí. Pero este registro reconoce múltiples variantes en la clasificación metafísica. ¿Se trata de un idealismo subjetivista? Técnicamente, no: su tesis filosófica constituye un extenso esfuerzo por probar «la realidad del mundo» con independencia de la percepción humana. Pero la realidad que le adjudica no es la materialista, ni la fenomenista: todo el mundo es un gran «noúmeno», incluida la propia conciencia. La conciencia humana —diríamos hoy, con Deleuze— es una suerte de «pliegue» del mundo: está constituida por la misma sustancia que todo el universo. La sensibilidad es posible porque supone un plano de equivalencia: percibimos y decodificamos formas visuales y sonoras porque las propias ondas han dejado una marca en su acción infinita sobre la superficie de nuestro cuerpo. No hay un orden del ser distinto del mero aparecer: hay sólo ser, que se estructura en diversos grados o potencias. La conciencia es una actualización, no un receptáculo al que el mundo le es exterior. De este modo, el principal argumento filosófico que es descartado por Jaurès es el subjetivismo gnoseológico.

De todos modos, dicha diferenciación conceptual no se opera en su primera recepción argentina, y tenemos así a un Jaurès que es interpretado genéricamente como un idealista. El tono de sus conferencias, obedece más al de un intelectual republicano formado en la filosofía espiritualista, que al de un dirigente socialista.

Como contrapartida a esta cuestión filosófica, Jaurès agrega un posicionamiento menos etéreo: defiende los términos civilizatorios del proyecto de penetración colonial pacífica. Puede verse en sus conferencias,¹⁸ el modo en que interpreta el problema nacional en la Argentina: una nación en formación, que terminará de nutrirse redoblando la apuesta inmigratoria, pues le cabe un importante rol en el concierto mundial. Una nación que puede albergar muchísimos más hombres, se fortifica no por anexión brutal, sino por asimilación pacífica de las fuerzas del trabajo. La cuestión social argentina se expone en una clave curiosamente alberdiana, aunque a escala mundial: el incremento poblacional garantiza, no solo la renovación étnico-económica, sino más bien la firmeza de una nación destinada a realizar el ideal de Humanidad. Fortalecidas las nuevas naciones pacíficas, generalizado el libre-comercio y la inmigración, pueden convertirse aquéllas en los garantes objetivos de la paz internacional.

Bajo el halo de estos señalamientos, queda claro que Jaurès reafirma y legitima el accionar cívico y democratizador del Partido Socialista argentino. Un Juan B. Justo agradecido sabrá reconocer al dirigente francés dicho halago. Sin embargo, se guardará ya en 1911 de prever dos diferencias. La primera, como una suerte de separación al interior de la política argentina: advierte a Jaurès que el público burgués y snob de sus conferencias en el Teatro Odeón no representaba un terreno fértil para su prédica, habiendo sido más bien presas pasajeras de su encanto retórico y de su

¹⁸ Especialmente en «La política social en Europa y la cuestión de la inmigración». Este punto es analizado específicamente en Blanc, Jordi, «Individu, société et transcendance à travers les conférences de Jaurès à Buenos Aires», en *Jean Jaurès cahiers trimestriels*, n° 139, pp. 61-84.

carácter de figura estelar europea. La segunda, en una sintonía afín, consiste en delimitar su visión de las dificultades para la realización del proyecto socialista en la Argentina:

[...] chocamos en este país con las dificultades más complejas, chocamos con la prepotencia de los mandones que no tienen idea de lo que es gobernar un pueblo moderno, chocamos con el sable de la policía que cae con frecuencia sobre nosotros, y chocamos también con la pedantería de una ciencia oficial que pretende desautorizarnos diciendo que este movimiento es exótico.¹⁹

Los discursos de Jaurès habían tenido un plus «armonizador» de clases, más allá de lo que recomendaban los términos discursivos de una variante del socialismo, aun si ella fuera «reformista». Compartir charlas con dirigentes como Julio A. Roca, le valió a Jaurès no pocas críticas en la propia Francia.²⁰ Parece entonces que el propio Justo, en oportunidad de presentar al dirigente francés frente a un auditorio socialista mayoritariamente obrero, pretende reubicarse, de alguna manera, hacia la izquierda de las preferencias del Odeón.

5. Muerte de Jaurès, lecturas subjetivistas

La recepción del pensamiento de Jaurès puede dimensionarse no sólo en Juan B. Justo, sino también en otros intelectuales socialistas, que de hecho contendieron con aquél en el liderazgo ideológico del partido. Tanto Manuel Ugarte como Alfredo Palacios, presentan señales explícitas de haber hecho propio el pensamiento jauresiano. En el caso de Ugarte, el vínculo es profundo: como representante argentino, participa en los Congresos de la II Internacional de Amsterdam (1904) y Stuttgart (1907). Norberto Galasso²¹ destaca la fortaleza de la impresión que causó en Ugarte el pensamiento del francés. De hecho, es el único delegado que apoya, en Amsterdam, la moción de Jaurès respecto a la autonomía táctica de cada partido socialista. Quizá pueda justificarse la filiación jauresiana de Ugarte no sólo desde este último aspecto, que es el más señalado por Galasso, sino también por un motivo que podríamos llamar de afinidad filosófica o cultural. La referencia a un ideal que se encarna, no sólo en la historia material, sino también en la historia cultural de la humanidad, abre en Jaurès la puerta hacia una fundamentación espiritualista del socialismo: hay todo un campo de apropiación, que es contemporáneo al acceso al socialismo de intelectuales formados en las letras, la filosofía y aun el derecho, que puede leerse esquemáticamente como

el encuentro entre anti-positivismo y socialismo reformista. Parte reveladora de ese encuentro en la Argentina, es también Alfredo Palacios. Montado sobre un espiritualismo quizá post-religioso —donde la armonización de clases de la doctrina social de la Iglesia juega un rol inicial— su ingreso al socialismo se tramita por la vía del liderazgo personal y oratorio. En ese Jaurès que equilibraba las tendencias en pugna al interior del socialismo mediante el uso acertado del lenguaje, y en la atrayente personalidad oratoria que trascendía largamente los límites de la dirigencia obrera, se pueden trazar claros lazos de identificación con el Palacios de su primer período partidario.

Todo ese campo discursivo se manifiesta en otro de los acontecimientos fundantes de la recepción de Jaurès en la Argentina: su muerte en 1914. Justo emite breves y emotivas palabras en su honor, en un acto socialista convocado en el Frontón Buenos Aires. En tal alocución, resulta interesante su referencia a la no centralidad de las personas en el movimiento socialista:

Se dice que el asesino de Jaurès es un loco. Apresurémonos a crearlo. [...] Se puede, a veces, decapitar al despotismo, se puede decapitar el papado; pero es imposible decapitar el socialismo. Porque no sería socialismo un movimiento de masas inconscientes sugestionadas por la voz sonora de un hombre. El socialismo es, ante todo, y por sobre todo, la difusión de la conciencia y la capacidad histórica en la masa del pueblo. Es esa elevación de la mente colectiva que pone ya al pueblo trabajador de la ciudad de Buenos Aires por encima de la titulada clase dirigente en cuanto a capacidad para dirigir la marcha efectiva de los sucesos. [...] Inspirémonos en sus grandes sentimientos, hagamos vivas en la acción sus altas ideas y así Jaurès será inmortal.²²

Queda claro que la intención más general de Justo es la de renovar fuerzas en un auditorio socialista que se presentaba golpeado por la noticia de la muerte del francés. No obstante, resulta interesante notar cómo en el preciso momento de evocar el perfil, la fortaleza y todo el influjo de una personalidad de la talla de Jaurès, Juan B. Justo se empeña en remarcar el carácter objetivo del socialismo como fuerza histórica. Desde ya que dicha reflexión no se encontraba en pugna con las ideas jauresianas: en efecto, en el francés se da incluso una inscripción vital y cósmica del socialismo, por lo cual la dimensión «personal» parecía hundirse en un fondo de naturaleza más metafísica. Aunque la intervención de Justo supone una distancia respecto a la valoración del peso personal de los líderes socialistas, calificados en otro tramo de su alocución como «trabajadores de la palabra».

Más allá de esto, la interpretación en clave personal y subjetiva se iba a multiplicar en el cuadro de las evocaciones de Jaurès. En el nudo de acontecimientos que confluyen en el 1914, el francés iba a ser integrado en una discursividad mucho más amplia que la socialista: pasaba a ser, eminentemente, un defensor de la paz

¹⁹ Cfr. «El Partido Socialista Argentino» en Jaurès, **Conferencias**, p. 3.

²⁰ Sumados al controversial asunto de los 150.000 Francos recaudados por las conferencias en Brasil, Uruguay y Argentina y a su ausencia por dos meses, se lo criticó desde izquierda por departir amablemente con las oligarquías que reprimen a los trabajadores sudamericanos. Desde la derecha, se ligó su nombre al de su hermano Louis, Comandante de Marina, responsable de la explosión del Acorazado *Liberté* en la rada de Toulon. Cfr. Moret, Frédéric «Vie privée et vie publique: la presse française devant le voyage de Jean Jaurès en Amérique latine», en **Jean Jaurès cahiers trimestriels**, n° 139, pp. 103-113.

²¹ Cfr. Galasso, Norberto, **Manuel Ugarte: un argentino «maldito»**, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1985.

²² El discurso es transcripto en Pan, Luis, **El mundo de Nicolás Repetto**, Buenos Aires, Nuevo Hacer Grupo Editor Latinoamericano, 1996, pp. 239-240.

internacional. Su muerte es reflejada desde el señalamiento de su perfil de pacifista y humanista consecuente. Las editoriales de la revista **Nosotros** de dicho año, son elocuentes para rastrear esta recepción de su «figura».

Ha sido asesinado el más alto representante contemporáneo de la humanidad que espera el advenimiento de días mejores, días de más Amor, más Verdad, más Justicia, más Belleza. [...] la violencia que ayer hirió en el bando contrario a Francisco Ferdinando de Austria... hoy hiere en nuestro bando a Jaurès.²³

La respuesta a cuál es el bando en el que militan tanto Jean Jaurès como la propia línea editorial de la revista **Nosotros**, suscitó la intervención de Manuel Gálvez, también colaborador de la publicación, preguntándose si la revista transigía su declaración de imparcialidad política y se declaraba así, «socialista». En el número siguiente se le respondió también bajo firma editorial:

Nosotros no es socialista, puede crearlo el amigo Gálvez. Pero Nosotros es una revista argentina, país que auspicia todos los nobles y generosos ideales; Jaurès, aparte su condición de socialista militante, fue un luchador incansable por la paz, por la justicia, por la libertad; Jaurès representaba el presente como lo representa la Argentina, así como Francisco Ferdinando de Austria, con quien lo poníamos nosotros en contraposición, representaba el pasado: nada más natural que habláramos de nuestro bando y del bando contrario. ¿O está Manuel Gálvez con el otro bando? Buen provecho le haga; pero constituirá entonces una ínfima minoría en nuestro ambiente, cuyo espíritu cree interpretar **Nosotros**.²⁴

Pueden encontrarse allí dos elementos que consideramos importantes en la interpretación de la recepción de Jaurès en la Argentina. Por un lado, la clave axiológica en la que se incorpora a su pensamiento. Aparece Jaurès como un intelectual que defendió con su propia trayectoria una serie de valores concomitantes con un espíritu general «republicano-democrático». Nada hay de anacrónico ni sesgado en esa apropiación de la obra jauresiana. Sin embargo, puede notarse cómo es realzado el perfil intelectual que se conecta con el liberal-reformismo, en detrimento de su específico aporte al pensamiento y a la práctica socialista.²⁵ El segundo elemento que pretendemos extraer, permite trazar identidades por antagonismos en común. El surgimiento en la propia Francia de un tipo de nacionalismo, ya no ligado al *éthos* de los gestores de la Tercera República, sino por el contrario basado en figuras de la restauración monárquica y

la anti-ilustración, se patentizaba en la herida que significó la muerte de Jaurès a manos de un militante de esta última orientación política. Ocupando el dirigente socialista una posición alejada del cosmopolitismo —sostenida por la propia rama «ortodoxa» de Guesde— representaba, no obstante, un punto de conflicto con aquellos nacionalistas restauradores de un orden pre-moderno, monárquico, aunque no uniformemente clerical. La nota irónica destinada a ubicar a Manuel Gálvez en «el otro bando» —el mismo de Francisco Ferdinando de Austria— puede ser leída bajo el nuevo esquema de antagonismos en los que se constituirá la identidad socialista: una nueva derecha anti-democrática, quizá más relevante en sus ideas que en sus prácticas, vendrá a polemizar y a hostigar desde la pluma a un socialismo cada vez más exclusivamente ligado a la defensa, también filosófica, de la democracia representativa.

6. El socialismo de Justo: ¿política científica o fuerza moral?

La imagen de Jaurès destinada a perdurar en el ideario socialista argentino, se inscribe bajo los términos de un inespecífico «socialismo ético». El escándalo de una guerra entre naciones civilizadas genera en el seno del socialismo una división que excede la toma de posición respecto a la «cuestión nacional». Se trata de interpretar si la crisis europea no obedece al agotamiento de un paradigma filosófico-cultural. En paralelo a la idea de un agotamiento del positivismo y el cientificismo académicos, la pretensión de «renovación espiritual» hace efecto al interior de la fuerza dirigida por Justo. **Teoría y práctica de la Historia**²⁶ había sido el hito teórico del socialismo hacia los años del Centenario argentino. Una visión objetivista de la historia, edificada desde sus bases biológica, económica y técnica, que permitiría interpretar el devenir de los pueblos bajo premisas «teóricas». La propia historia argentina encuentra en Justo una inteligibilidad de ritmos prolongados, cuando se la escruta desde una clave económica: tránsito del feudalismo hacia el capitalismo agrario; guerras civiles que materializan una lucha entre terratenientes provincianos y burgueses urbanos. El pueblo criollo que protagonizó esta historia, al parecer de Justo, luchó con coraje y valentía, pero lo hizo sin una conciencia esclarecida y sin metodología: de allí, *derivaría* su inexorable debacle cultural y étnica. Una inmigración que modernizó las estructuras, pudo efectivizar el paso de una población como mano de obra guerrera, hacia una mano de obra agraria e industrial. En la creciente especialización y localización que surge hacia finales del siglo XIX, se perfilan las condiciones de un proletariado en lucha. El surgimiento del Partido Socialista es interpretado, en Justo, como la consecuencia natural de dicho desarrollo capitalista. Sin embargo, el Debate Ferri vendría a modificar la expresión casi mecánica de tal emergencia: el socialismo argentino se ve llamado a representar tanto a los obreros como a todos los ciudadanos que pugnen por la modernización de la vida argentina. En la construcción ideológica justiana —aplicada

²³ **Nosotros**, n° 64, 1914; en Ulla, Noemí (selección y prólogo), **La revista Nosotros**; Buenos Aires, Galerna, 1969, p. 385.

²⁴ **Nosotros**, n° 65, 1914, en Ulla, *op. cit.*, p. 22.

²⁵ Así, el Jaurès pacifista, termina «compartiendo» espacio de homenaje necrológico de **Nosotros** con quien falleciera casi en los mismos días en nuestro país: el Presidente Roque Sáenz Peña, quien es destacado como político idealista, defensor de la paz interior y exterior, reformador e intérprete del alma de su pueblo. En fin, demócrata en los valores, y reformista en su práctica. La simultaneidad de ambas muertes (Jaurès el 31 de Julio, Sáenz Peña el 9 de agosto), nos ofrece un plano discursivo en el cual se manifiesta el ideario por el que las editoriales de **Nosotros** los congregan a ambos.

²⁶ Justo, Juan B., **Teoría y práctica de la Historia**, Buenos Aires, Lotito y Barberis Editores, 1era. ed., 1909.

a responder la impugnación del italiano sobre la necesidad de un Partido Socialista en una nación de economía agraria— el PS es caracterizado como el único partido político propiamente dicho, siendo doble su tarea: conseguir una creciente representación trabajadora en el ámbito parlamentario, y proveer las ideas y prácticas necesarias para insertar a la Argentina en la modernidad política. La definición de progreso como «bienestar mensurable de la población»,²⁷ no hace más que poner en fórmula la intención justiana: traducir el ideal genérico que muchos parecían compartir en la Argentina del Centenario, en términos de una auto-denominada «política científica».

Ahora bien, esta interpretación objetivista de las tareas políticas del socialismo, encontró en su práctica un desdoblamiento. Por un lado la política científica, entendida como ejercicio de gobierno orientado por un saber histórico-económico, sólo fue ejercido a título legislativo por los socialistas comandados por Justo: no lograron acceder a la gestión ejecutiva del Estado. Esto, por su lugar de enunciación, deja en el plano de la normatividad, o del «deber ser», a todo el gran conjunto de iniciativas e investigaciones propugnadas bajo tal modelo de gestión estatal. Por tal razón, debe indagarse al discurso socialista desde su rol en la conformación cultural, ideológica y organizativa de un horizonte de modernidad. Este eslabón educativo, parte central de las tareas solicitadas a un socialismo de economía en vías de industrialización, fue quizá el estandarte más visible del socialismo justiano. Tramitadas sus rupturas iniciales con las fuerzas sindicalistas, y obturado su crecimiento electoral por la plena entrada en juego del radicalismo, la denominada «labor cultural» del Partido Socialista se convierte así en un desafío a los términos de su fundamentación epistemológica más profunda. Porque, entonces, ¿no es el socialismo una fuerza moral, que pretende realizar una labor educativa sobre toda la sociedad argentina, y que viene a realizar de modo pleno una tarea civilizatoria?

Esta duplicidad, presente desde ya en el pensamiento de Juan B. Justo, ofrece los elementos para sentar el paralelo entre el argentino y Jaurès, que fuera esbozado por José Aricó.²⁸ Una primera cuestión a zanjar es, sin dudas, la posición respecto al marxismo. Señala Aricó lo antedicho: vemos en Justo menos de Bernstein que de Jaurès, en tanto sólo el alemán podía considerarse un marxista de pleno derecho. Compartió, sí, Justo un cierto horizonte de coincidencia con el marxismo neokantiano: la idea de plusvalía no tuvo para él valor epistemológico, y sí moral. Es una suerte de «alegoría», cuya fuerza reside en señalar la falacia de considerar al salariado como un contrato. Pero en tanto Marx considera al hombre como «mercancía» no acertaría en los términos elementales: pues pone al hombre al nivel de las cosas. En ese plano —quizá de evaluación superficial de la categoría marxiana— puede encontrarse a Justo, Bernstein y Jaurès en los tér-

minos más generales de un socialismo ético. El marxismo tiene valor de denuncia, más no científico.²⁹

7. Alejandro Korn y la igualación axiológica de la tradición socialista

Dicha pretensión de superación del momento «marxiano» del socialismo, adquiere en nuestro medio una expresión de época, en textos de efecto perdurable. Nos referimos a la interpretación que hizo Alejandro Korn, en su tardía «conversión» al socialismo, manifestada en textos que van de 1916 a 1936, año de su muerte. El primer jalón es un breve texto aparecido en los **Cuadernos del Colegio Novecentista**, en 1918, denominado a posteriori por Francisco Romero como «Socialismo ético».³⁰ Allí, establece la necesidad de una renovación general de la cultura, una ruptura con el fondo materialista que alimenta el individualismo utilitario. ¿Por qué oponer al individualismo una doctrina socialista igualmente materialista? Aquí Korn esboza el linaje de su visión del socialismo: hay quienes han comprendido que el problema social no es económico, sino ético. Aun «el amplio espíritu que fue León XIII» dejó volcar en su encíclica «*De rerum novarum*» la posición católica respecto a la cuestión social. Queda entonces, a los socialistas, actualizar su filosofía ante esta evidencia: ha sido Jean Jaurès uno de los encargados de emprender dicha renovación. Sobre el comienzo de la década del treinta, ya afiliado al PS y convertido en el guía intelectual de los jóvenes universitarios que hacen el tránsito del reformismo al socialismo, Korn trazará el sentido de la influencia de Jaurès en nuestro medio. Pero antes de ello, encontramos en 1925, en uno de sus textos de mayor relevancia, una referencia a Justo en una clave llamativa. En «Nuevas Bases», texto en donde el médico platense plasma su manifiesto post-positivista para la cultura argentina, señala al socialismo de Juan B. Justo como el encargado de sentar las bases ideológicas del siglo XX. En una futura e imaginada concordancia entre el socialismo justista y el nacionalismo de integración cultural de Ricardo Rojas, proyecta en Justo el perfil que arriba trazáramos, pues ve en su «obra política y social» un legado más perdurable que el de la mera obra escrita. Si se debe a su partido la labor educativa y moral más fecunda; ¿cómo conciliarla con su fraseología objetivista?

No nos perturbe la aparente estrechez de su base teórica. El socialismo, en realidad, se ha dado cuenta de que el problema social, más que económico, es un problema ético. Públicamente no puede confesarlo, porque este pensamiento no es de Marx, sino de Le Play, de Schmoller y de León XIII.³¹

En las mencionadas semblanzas de Jean Jaurès, la línea de asimilación y continuidad, se completa. Pues ha sido el francés un ade-

²⁷ Cfr. Justo, Juan B., «La teoría científica de la historia y la política argentina», en **La realización del socialismo**, Obras de Juan B. Justo, Tomo VI, Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1949, pp. 172-173.

²⁸ Aricó, José, *op. cit.*, pp. 85-95.

²⁹ Desde esta pertenencia genéricamente no marxista, Jorge Dotti ve en el socialismo justiano el otorgamiento de un lugar privilegiado para los ideales morales. Cfr. Dotti, Jorge, **La letra gótica. Kant en la Argentina**, Buenos Aires., Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1992, pp. 178-185.

³⁰ Cfr. Korn, Alejandro, **Obras completas**, Buenos Aires, Claridad, 1949, pp. 503-505.

³¹ Korn, *op. cit.*, p. 201.

lantado que, desde la política, ha enfrentado al positivismo. Su socialismo idealista representa la superación del socialismo materialista marxiano. Es este «tercer momento» la fase más evolucionada de la larga historia socialista: Saint Simon es su orientación práctica, Marx su fase científica; Jaurès su formulación ética. No desconoce Korn los términos de la metafísica jauresiana, y expresa la doble matriz ideal-material de su filosofía de la historia. Pero ve en la potencia ética y axiológica de su pensamiento, el elemento más firme para renovar la espiritualidad de un socialismo ceñido a los términos materialistas del marxismo. Nuevamente, vincula al socialismo vernáculo con la línea de orientación jauresiana. No obstante, señala cierta «demora» en el reconocimiento de esa asimilación: según Korn la visita de Jaurès desató el éxito aparente que predijera el «maestro Justo». El mundo burgués admiró su poder oratorio, pero no asimiló el caudal de sus ideas renovadoras. Sólo los hechos que siguieron a su trágica muerte irían a confluír en la asunción generalizada de sus ideas. Así, para Korn, a comienzos de la década del treinta,³² la tradición de socialismo argentino inaugurada por Justo, se podía caracterizar bajo los términos del «socialismo ético», expresión de la renovación doctrinaria emprendida por Jean Jaurès.

8. Epílogo: Justo contra el socialismo ético. ¿Cuestión de nombres?

Esta lectura sobre las operaciones interpretativas de Korn, puede ser pensada como un mero ejercicio conceptual. En nuestra opinión, ofrecen un testimonio de las nuevas maneras en que se tramitaron, por demarcación e identificación, las formas de entender al socialismo: ya no frente al marxismo clásico, sino directamente frente al bolchevismo. Ahora bien, lo cierto es que el juicio del platense parece dictaminar la suerte filosófica del socialismo justiano: se habría tratado de un «socialismo ético», aun cuando su fraseología muestre residuos de su formulación inicial materialista. Korn, argumenta que la visita de Jaurès habría operado de avanzada de la renovación espiritualista, subjetivista y antipositivista, y que el propio socialismo argentino se mostró en consonancia con esa anticipación, aunque mucho más en sus prácticas que en sus formas teóricas.

De la dicotomía entre «política científica» y «prácticas pedagógicas», vimos que podía desprenderse una interpretación como la que formula Korn. ¿Cabe proyectar este matiz filosófico en la identidad de un partido que, desde 1930, abandonaría su horizonte obrerista y se volcaría más explícitamente a las clases medias urbanas? Quizás sí, pero tal asimilación no debe pasar por encima de coyunturas y posicionamientos partidarios, que exceden los marcos del presente trabajo.³³ Tal «coagulación» semántica admite sus

fisuras: ¿qué afirmó el propio Juan B. Justo sobre los términos de una renovación ética del pensamiento socialista? Es necesario retroceder hacia una serie de textos producidos en los años de la Gran Guerra,³⁴ para encontrar la valoración que el propio Justo formulara acerca de las crecientes apelaciones «éticas» del socialismo. Un tópico al que Justo dispensó atención fue el de las «condiciones materiales y mensurables de la paz». Un artículo aparecido en **La Vanguardia** hacia junio de 1916, lleva el sugestivo nombre de «Los nuevos valores éticos». Afirma allí que la guerra, siendo un fenómeno tan espantosamente material, no ha curado a los hombres de las divagaciones metafísicas. Quienes piden que se purgue al socialismo del materialismo marxiano, llegan al extremo de responsabilizar a Marx de la catástrofe bélica. Dicha extravagancia, sostiene Justo, se acompaña de la siguiente advocación:

[...] restaurar en el socialismo los valores éticos, una concepción histórica en que el respeto a la personalidad humana y a las nacionalidades esté por encima de toda pretendida necesidad económica. Y agrega Araquistain: 'El socialismo deberá dar en lo sucesivo preponderancia a los valores éticos y jurídicos sobre los económicos en toda política internacional'. ¡Pobres de nosotros si nos dejáramos guiar por frases semejantes!

[...] El respeto de los socialistas por la personalidad humana! En buena hora. Pero frente a un 'carnero' ¿lo antepone-mos a la conveniencia colectiva de un gremio en huelga? [...] ¿Vamos a creer en la preponderancia de los valores éticos y jurídicos? Si estos factores no predominan siquiera dentro de la nación [...] ¿cómo hemos de creer que preponderen en la vida internacional?

[...] Lo que exige nuestra atención no son las declaraciones redundantes y estériles, sino el estudio de las condiciones materiales, mensurables, de la paz.³⁵

En una clave afín se expresa Justo en la nota del 1° de mayo de 1918 llamada «¡Purifiquemos la paz!».³⁶ Parafraseando a Bernard Shaw, sostiene una dura hipótesis: condenemos la guerra, pero no desde la hipócrita homilía papal. Si la paz es el velo que oculta la esclavitud de la mayor parte de las personas, no es ésa paz la que debe defenderse. La guerra se resolverá por sí misma, y quizás nos deposite en una nueva paz, superadora de la anterior. Más allá de los términos, una cierta confianza monista en que la violencia pueda parir una paz verdadera, informa la editorial de Justo. Estos breves textos nos manifiestan, en una coyuntura puntual del socialismo argentino, cómo el propio Justo ofrecía una persistencia objetivista frente al avance de una argumentación crecientemente ética y armonizadora al interior del socialismo. Nada de expurgar al socialismo de Marx, ni mucho menos de responsabilizarlo a él, o a cualquier persona o doctrina por un proceso histórico. Los términos de la reacción espiritualista le aparecen a Justo como una expresión inocente, o bien como un velado intento restaurador de

³² Hemos resumido aquí lo expresado en tres textos: «Juan B. Justo», nota de redacción para la muerte de Justo en 1928; «Jean Jaurès en la Argentina», discurso en ocasión del aniversario de la muerte del francés pronunciado en 1932; y «Hegel y Marx», curso desarrollado en la Escuela de Estudios Sociales 'Juan B. Justo' hacia 1934. Cfr. Korn, *op. cit.*, 506-507; 519-527; 565-580, respectivamente.

³³ Cfr. Herrera, Carlos, «Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955», en **Nuevo Topo**, n° 2, Buenos Aires, abril/mayo 2006, pp.127-153.

³⁴ Reunidos en su mayoría en el tomo V de sus Obras: Cfr. Justo, Juan B., **Internacionalismo y patria**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933.

³⁵ Justo, **Internacionalismo y patria**, p. 281 (destacado nuestro).

³⁶ Ídem, pp. 283-286.

ideologías retrógradas. No ofrece los nombres de sus polémicas internas de años anteriores: tanto Palacios como Ugarte, referentes de lecturas del socialismo con énfasis en valores espirituales, eran ya figuras exteriores al partido. La referencia que nos brinda es la de «Araquistain», sin más informaciones.

En torno a tal referencia, cabría arriesgar un trazo profundamente hipotético. Creemos que Justo refiere al español Luis Araquistain (1886-1959), por esos años escritor, periodista, más tarde dirigente de la Segunda República Española. Es probable que Justo lo cite desde alguna de sus crónicas periodísticas: habiendo residido en su primera juventud en nuestro país, supo colaborar, entre otros, con el diario **La Nación**. Javier Rubio Navarro,³⁷ refiere que entre 1916 y 1922 alcanzó fama sucediendo a Ortega y Gasset al frente de la revista **España**, militando en una suerte de socialismo Fabiano. Los itinerarios intelectuales del español lo conectan con dos planos referidos en el presente texto. El primero, su filiación al socialismo ético de tipo neokantiano: en **España en el crisol**, definió al socialismo como una tarea cuya esencia espiritual es que todo hombre sea un fin en sí mismo y no un simple instrumento.³⁸ El segundo, su pertenencia a la red de intelectuales que difícilmente pueda reducirse al complejo de sensibilidades antiimperialistas y espiritualistas, pero que extensivamente incluye a Unamuno, Ugarte, Palacios, Ingenieros, Vasconcelos, y Araquistain, entre varios otros hacia los años veinte.³⁹

Lo que nos importa es que, simbolizado en Araquistain, se proyecta el rechazo de Justo a transitar hacia un nuevo paradigma de concepción del socialismo. Este iba a adquirir un status discursivo a partir de la década del veinte, una vez diferenciadas las tendencias centrista y revolucionaria, de acuerdo al posicionamiento frente al bolchevismo. Lo cierto es que, a los ojos de Justo, la invocación axiológica del socialismo se emparenta mucho más con dogmas metafísicos y religiosos supuestamente ya superados, que con una renovación filosófica de sus fundamentos

Específicamente, creemos que Justo, más allá de la estrategia socialista, ve en la avanzada espiritualista una reposición religiosa. Jaurès, sin ser católico, consideró positivo el aporte de las religiones en la lucha por afirmar los más altos valores. De su efectiva actitud comprensiva hacia la espiritualidad religiosa —que tiene en rigor en él una versión panteísta y no teísta— se ha visto en el francés al representante de la renovación espiritualista no marxista. El socialismo cristiano y personalista, lo incluye en

su tradición.⁴⁰ La cuestión religiosa que circula detrás del motivo espiritualista, es quizá el punto de diferenciación más profundo que impide a Justo identificarse como «socialista ético».⁴¹ Que dicha «espiritualidad» sea más una cuestión de horizontes de sentido que una decisión intelectual,⁴² es algo que Justo difícilmente podría haber dilucidado. En tanto figura de tránsito del siglo XIX al XX, el líder socialista ofrece signos de una ruptura general del pensamiento occidental: serán otros, necesariamente, los que puedan comprender aun los paradójales alcances de sus propias argumentaciones.

³⁷ Rubio Navarro, Javier, «Luis Araquistain (1886-1959). Cinco notas», **La ilustración liberal**, Madrid, n° 12, 2002, en http://www.libertaddigital.com/ilustracion_liberal/articulo.php/280, consultado el 01/12/2010.

³⁸ Araquistain, Luis, **España en el crisol**, Barcelona, Minerva, 1921, citado en Rivera García, Antonio, «Crítica y crisis del republicanismo en el primer Araquistain», edición digital para **Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico**, 2004, en <http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/respublica/hispana/documento51.pdf>, consultado el 01/12/2010.

³⁹ Devés Valdés, Eduardo, «La red de los pensadores latinoamericanos de los años 1920: (relaciones y polémicas de Gabriela mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, el Repertorio Americano y otros mas)», en **Boletín Americanista**, Universidad de Barcelona, año II, n° 49, 1999, pp. 67-79; <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/view/98812/164539>, consultado el 01/12/2010.

⁴⁰ Cfr. Díaz-Salazar, Rafael, **La izquierda y el cristianismo**, Madrid, Taurus, 1998.

⁴¹ Puede indagarse no sólo en la religiosidad de Manuel Ugarte, sino también en la compleja posición de Alfredo Palacios al respecto. Cfr. una curiosa e interesante interpretación desde el demo-cristianismo, en De Vita, Pablo, «Alfredo Palacios, ¿una visión cristiana del socialismo?», en **Criterio**, n° 2291, Buenos Aires marzo 2004, en <http://www.revistacriterio.com.ar/sociedad/alfredo-palacios-questuna-vision-cristiana-del-socialismo/> consultado el 01/12/2010.

⁴² Korn, «Exposición crítica de la filosofía actual», en *op. cit.*, p. 491

Resumen

Desde la visita de Jean Jaurès a La Argentina en 1911, las ideas del francés tuvieron creciente recepción en el socialismo argentino: después de su muerte, sería su figura de «demócrata» la que aglutinara a un horizonte discursivo más amplio que el socialista. La idea de un socialismo ético, como traducción filosófica de un modo de comprender el socialismo como práctica reformista, queda adherida al pensamiento de Jaurès, y es retomada por un intelectual como Alejandro Korn. Éste, hacia los años veinte, interpreta en clave retrospectiva el desarrollo del socialismo argentino bajo tal sello filosófico, ubicando a Juan B. Justo como su emblema. Resulta interesante contrastar dicha lectura con los propios juicios de Juan B. Justo: sobre Jaurès, y sobre el tópico del socialismo ético. El contraste entre Korn y Justo revela más una dispar comprensión de ambos acerca de los nuevos tiempos de las ideas, que una diferencia doctrinaria sustantiva.

Palabras clave: Jean Jaurès; Socialismo ético; Argentina.

Abstract

Since Jean Jaurès visited Argentina in 1911, their ideas had increasing reception in the Argentine socialism: after his death, it would be his figure of «democrat» the one that agglutinated an ampler horizon than the Socialist. The idea of an ethical socialism, as philosophical translation of a way to understand the socialism as a reformist practice, stays adhered to the thought of Jaurès, and is retaken by an intellectual like Alejandro Korn. This one, towards the Twenties, interprets in retrospective key the development of the Argentine socialism under such philosophical seal, locating Juan B. Justo as its emblem. It turns out interesting to contrast this reading with the judgments of Juan B Justo: about Jaurès, and about the topic of the ethical socialism. The divergence between Korn and Justo reveals more a difference in the understanding of the new times of the ideas, than a substantial opposition about socialist doctrine.

Keywords: Jean Jaurès ; Ethical Socialism : Argentina

Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra

El Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecambio

Augusto Piemonte

Al momento de producirse su estallido, la dirección del Partido Socialista Argentino (PSA) no entendió que la Gran Guerra fuera expresión de un conflicto entre naciones conducidas por las pretensiones imperialistas de sus burguesías dominantes. Su posición tomaba un distanciamiento tajante respecto de las posturas revolucionarias más expandidas que promovía el ala izquierda de los partidos socialistas europeos, todas las cuales confluían hacia la necesidad de combatir la guerra internacional, y que alcanzó el paroxismo en el bolchevismo ruso con su táctica para reconvertirla en una guerra civil de clases. Lo destacable es que los socialistas argentinos encontraron la forma de justificar sus rechazos hacia este antimilitarismo activo, no-neutralista, sin que ello supusiera recaer en las estipulaciones que eran defendidas por la socialdemocracia mayoritaria, quien ante los acontecimientos de agosto de 1914 había tomado la determinación de votar los créditos de guerra a los efectos de garantizar la defensa de la patria propia. El PSA demostraría una importante flexibilidad teórica al advertir que la confrontación militar mundial no era «consecuencia simple y fatal de la propiedad privada y la producción mercantil»,¹ puesto que las relaciones de propiedad y de producción en Gran Bretaña y en Estados Unidos se desarrollaban sin tamaños sobresaltos. Desde el primer momento en que la contienda bélica estuvo más cerca de ser un hecho consumado que un riesgo potencial, generando un intenso debate hacia el interior del socialismo mundial, los socialistas argentinos identificados con el «parlamentarismo» se encargaron de proponer un antídoto original para prevenirla en primer lugar, y cuando el estallido del conflicto se hizo inevitable continuó propalando lo que interpretaba eran sus buenos oficios. La propuesta argentina no iba a encontrar adhesiones comprometidas ni mucho menos duraderas en el campo del socialismo internacional. No obstante, las numerosas y recurrentes omisiones a sus enmiendas no consiguieron minar la coherencia de los planteos ni tampoco acallar las proclamas de

una voz poco ortodoxa. La insistencia habría de arrojar sus resultados, si bien magros, cuando, con motivo de la celebración de la Conferencia Socialista de Berna de 1919 —es decir una vez finalizada ya la guerra pero cuyos efectos devastadores se dejaban sentir todavía—, se consiga instalar la cuestión librecambista en el centro de la agenda pronta a ser discutida. Será entonces tomada en consideración la noción argentina de la libertad de comercio, si bien desde una perspectiva pasible de asumirla en su dimensión progresista pero contraria a hacer de ella el más eficaz predicamento a la hora de contribuir en el estrechamiento de relaciones armónicas entre los pueblos del mundo.

Las respuestas que podían practicarse en torno de los problemas originados por la realidad ineluctable que signaba el proceso de formación y consolidación de estados nacionales dependían, necesariamente, de aquellas condiciones históricas en las cuales éste se enmarcaba. La Primera Guerra Mundial era la manifestación consumada de la convergencia de una serie de problemáticas diversas originadas al calor de esta nueva estructuración socio-política. En este punto resultará esencial establecer algunas precisiones respecto de la presencia o ausencia de cierto margen de operatividad para la producción de pensamientos y prácticas autónomas por parte de los partidos socialistas nacionales durante la época que estamos analizando. Tal como advierte Maxime Rodinson, deberá ser tomada con precaución la imagen del socialismo europeo que se piensa a sí mismo desde la cumbre de un orden jerárquico, fundamentando su lógica en la convicción de que «Si Europa es la vanguardia de la civilización europea, el proletariado europeo es la vanguardia de la vanguardia».² La aplicabilidad analítica de esta sentencia sólo puede ser aceptada en forma presurosa, acrítica, pues no resiste su contraste con la realidad; la intencionalidad que lleva impresa presupone que, ya fuera en forma explícita, ya en forma implícita, al socialismo argentino —al

¹ Justo, Juan B., **Internacionalismo y Patria**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933, p. 152.

² Rodinson, Maxime, **Sobre la cuestión nacional**, Barcelona, Anagrama, 1975, p. 17.

socialismo de ultramar en general— le tocaba cumplir con un rol subsidiario en la lucha mundial por la emancipación de los trabajadores. Si bien el entramado socialista se hallaba dispuesto de manera tal que los grandes partidos europeos, apoyados en su madurez teórica y en el elevado volumen de afiliados, estaban en condiciones de impartir a sus pares menores ciertas lecciones esenciales sobre el comportamiento para el correcto desempeño de la vida política, también es cierto que el socialismo argentino, aferrado como estaba a una suerte de heterodoxia marxista, supo encontrar los espacios que le permitieron generar planteos originales a algunos de los localismos que dificultaban el camino nacional hacia la superación del capitalismo. Existía hacia el interior del PSA cierta libertad de criterios respecto de determinadas concepciones que el socialismo europeo predominante asumía como dogmas. Sin lugar a dudas, uno de estos factores de divergencia teórico-práctica más salientes que acompañaron la trayectoria del partido a lo largo de la Segunda Internacional lo constituyó su defensa apasionada del librecambio.

Algunos condicionamientos argentinos en la vía al socialismo

La posibilidad de operar con una flexibilidad relativa en los compromisos políticos que se debatían en el seno del socialismo internacional era producto de las características con que había sido gestada la Segunda Internacional. Tratándose de un foro para la circulación de polémicas más que de una organización con fines pragmáticos, su misma naturaleza constitutiva contemplaba la adopción de posiciones enfrentadas.³ No era sino en la observación atenta en relación al caos que dominaba la II Internacional, con la consiguiente imposibilidad de establecer un frente común de lucha verdaderamente orgánico, que Jean Jaurès afirmaba con total certeza: «Todos o casi todos tenemos un gran desorden en nuestras ideas tácticas, y por ello nuestra acción es contrariada y debilitada»⁴. Esto dejaba al PSA en situación para moverse con un grado de independencia tal que le permitía, por un lado, abstenerse de votar en el Congreso de Amsterdam de 1904 en la cuestión referida al colaboracionismo gubernamental del Partido Socialista de Francia, en tanto que, por otra parte —y sin que ello supusiera una incongruencia de principios—, quedaba libre de manos para celebrar el proceso revolucionario abierto en Rusia en 1905. Es decir que, tal como señala Leonardo Paso a partir de esta situación, para los comienzos del siglo XX «el P. Socialista de Argentina ocupó en diversos problemas posiciones intermedias [entre el marxismo y el reformismo], o apoyó a los grupos marxistas»⁵.

Que el socialismo tuviera una visión del país inserto en una economía agropecuaria y concentrara una parte fundamental de su programa de reformas a minar el latifundio es un hecho com-

probado que da cuenta de una raigambre verdaderamente nacional.⁶ Su *praxis* política distaba de ser el reflejo fiel de la dinámica europea. La necesidad argentina respecto de un contacto fluido con el exterior no se limitaba al intercambio de mercancías. De primer orden para el crecimiento de la economía nacional resultaba la afluencia de fuerza de trabajo proveniente desde Europa. A causa de la inmigración europea entre el primer Censo Nacional, realizado en 1869, y el tercero, de 1914, la población en edad de trabajar registró en la Argentina un incremento astronómico: los 923.000 trabajadores existentes en la primera fecha habían visto ascender su número a 3.360.000 para el segundo año indicado.⁷ No constituye ninguna novedad el advertir que la enorme masa de extranjeros recientemente llegada al país no disponía de la propiedad de instrumentos para la producción, por lo cual debió ofrecer su fuerza de trabajo en el creciente mercado laboral. Ahora bien, cuando esta masa de inmigrantes busca empleo lo hace preponderantemente en el mundo rural, puesto que el pilar de la economía argentina del período no lo constituye la producción industrial sino el sector primario. Si quería convertirse en el partido de los explotados, el Partido Socialista, aunque urbano en su composición de origen e interesado en captar al incipiente y moderno ciudadano proletario, no podía escapar a la obligación planteada en la necesidad de atender las exigencias de los peones rurales y jornaleros.

Ante esta situación concreta el librecambio aparecía como una consecuencia lógica en el entramado teórico socialista parlamentario, al asumirlo así el partido no incurría en ninguna operación ideológica pasible de disparar la polémica, pues no implicaba un desplazamiento de estructuras mentales definidas ni mucho menos asentadas. En este sentido, tiene razón Portantiero cuando observa que, para la época que estamos analizando, «el proteccionismo no era una bandera de los sectores populares, sino de sectores de las clases dominantes como el monopolio azucarero de Tucumán y de políticos conservadores (...)».⁸ En ple-

⁶ Oddone, Jacinto, **Historia del socialismo argentino**, Buenos Aires, CEAL, 1983, tomo 2, pp. 269-272.

⁷ Cifras tomadas de Lobato, Mirta Zaida, «Los trabajadores en la era del 'progreso'», en M. Z. Lobato (dir.), **Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)**, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, tomo V, p. 469. Argentina se convirtió en el período señalado en la tercera nación del mundo con mayor número de inmigrantes recibidos. Cfr. Cantón, Darío y José L. Moreno, «La experiencia radical (1916-1930)», en Cantón, D., José L. Moreno y Alberto Ciria, **La democracia constitucional y su crisis**, Buenos Aires, Paidós, 2005, pp. 21-22.

⁸ Portantiero, Juan Carlos, **Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna**, Buenos Aires, FCE, 1999, p. 41. Por más que difícilmente se pudiera asimilar a Manuel Ugarte con la defensa de la bandera de las clases dominantes cuando habiendo dejado de ser uno de los más influyentes políticos del PS, pero acusando todavía la lógica argumentativa acuñada por socialismo argentino, menosprecia el librecambismo a ultranza que la línea oficial enarbola en su programa económico, tras considerar que garantizando el rendimiento del salario de la clase obrera en el corto plazo por medio de la defensa del librecambismo se sacrificaba el desarrollo de la producción industrial condenando al país al atraso pues los países «que sólo exportan materias primas son, en realidad, pueblos coloniales», lo cierto es también que la posibilidad de advertir esta tensión entre modelos de desarrollo económico posibles y deseables distaba todavía de verse instalada en el centro del debate, su lugar era muy marginal en el espectro teórico del socialismo argentino electoralista de la época. Ugarte, Manuel, **La Patria grande**, Madrid, Editora Internacional, 1924, p. 226.

³ Kriegel, Annie, **Las Internacionales Obreras**, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1968, pp. 64-65.

⁴ Jaurès, Jean, **Estudios socialistas**, Valencia, F. Sempere y Cía., 1909, p. 89.

⁵ Paso, Leonardo **Historia de los Partidos Políticos en la Argentina (1900-1930)**, Buenos Aires, Directa, 1983, p. 440.

na discusión en torno a qué posición debía reclamarse al gobierno nacional en la compleja problemática que tenía por eje la cuestión ligada al intercambio comercial, el delegado por Catamarca abogó, durante el III Congreso Extraordinario del Partido, sobre la conveniencia que podría detentar la merma en la exportación de carne y trigo a Europa. Su efecto redundaría, según el delegado, en un marcado descenso en el precio de venta dentro del mercado nacional, lo que a su vez habría de repercutir en los niveles de consumo de los asalariados argentinos.⁹ La posición era totalmente transgresora para los parámetros de convención propios del socialismo, y la propuesta fue descartada en forma inmediata por la plana mayor del partido: el carácter conservador del proteccionismo era algo que no podía siquiera ser puesto en duda. Lo que importaba en primera instancia no era la promoción de la revolución social, sino mucho antes la redistribución de los ingresos. Los derechos aduaneros redundaban en un encarecimiento de los medios de vida para la clase obrera. Además, y en contra del desarrollo industrial que en primera instancia se adscribe como justificación en los planteos proteccionistas, el socialismo encabezado por Juan B. Justo evidenciaba un proyecto de nación auto-sustentable, en donde el ruralismo, y no la actividad industrial, podía desempeñar bien el papel de sector económico dinamizador del proceso de modernización argentino.¹⁰ Más aún, la profusa insistencia del socialismo local por la necesidad de nacionalizar a la gran masa inmigrante adquiriría una mayor claridad, dice Julio Godio, cuando se advierte en ella la búsqueda de un beneficio para la cultura política progresista en general.¹¹ Si a raíz de la creciente participación política los trabajadores podrían ganar la experiencia suficiente hasta llegar a comprender que su destino era el de unirse naturalmente a los esfuerzos convocados desde el PS, entonces cobra todo su significado el interés puesto en la facilitación de los requisitos necesarios para la creación de partidos políticos modernos, los cuales debían ser lanzados justamente desde el polo de desarrollo económico agropexportador asentado en el Litoral. La puja por el librecambismo se explica en el ideario de Juan B. Justo a partir del momento en que se advierte el diagnóstico referido al hecho de que, tratándose de un país con una economía atrasada y dependiente, la Argentina debía desarrollar no sólo una lucha social —como era el caso de las naciones industrializadas—, sino que en simultáneo a ella tenía que afrontar una lucha por su liberación nacional.¹²

Por lo tanto, se puede evidenciar que la reacción ensayada por el socialismo cultivado en la Argentina ante la coyuntura bélica internacional se hallaba relacionada con un problema más general y profundo para su desarrollo interno, y es que su dependencia respecto del comercio exterior, elemento dinamizador de la econo-

mía nacional, provocaba que el grueso de las fuerzas del Partido Socialista fueran dirigidas hacia la salvaguarda del orden de intercambio comercial hasta entonces vigente. Creemos por esto mismo que es errónea la postura adoptada por Alberto Plá cuando, habiendo pasado revista a la oposición de los marxistas del Club Socialista Vörrwats hacia el proteccionismo económico, entiende que todo el socialismo argentino incurría en la concepción etapista de la vía al socialismo calcada del modelo europeo.¹³ Al asumir la defensa encarnizada del librecambio, el socialismo argentino en su conjunto estaba, en realidad, reconociendo las condiciones estructurales específicas del país, a partir de las cuales debía generar políticas de intervención social acordes con el fin de transformar la realidad social.

Librecambio en jaque: el impacto de la guerra submarina

La delegación argentina que concurrió a las distintas conferencias y congresos de la Internacional Socialista quedó compuesta por Antonio de Tomaso, encargado de interceder en los debates de corte político-militar, y por Juan B. Justo, sobre quien recayó la importante tarea de tomar parte en las discusiones político-económicas. Fue «el maestro» quien, dadas las condiciones de existencia en que se sustentaba la actividad teórico-práctica del partido que integraba, tuvo la responsabilidad de imprimir en el centro de la discusión la huella del pensamiento original del socialismo argentino. Cualquier cambio que deviniera de un descalabro repentino en la macroeconomía argentina tendría efectos regresivos para el proletariado argentino en su camino hacia la emancipación. Es esta la razón por la cual Justo elevaba a la Conferencia de Berna la proposición referida a la necesidad de «insistir sobre el librecambio en la constitución y el mantenimiento de la sociedad de los pueblos, punto de vista burgués, si se quiere, de la burguesía más progresista y esclarecida, sobre el cual hay que insistir ahora en los medios obreros».¹⁴ Dentro de este esquema el proteccionismo aparecía como la encarnación más negativa que podía caberle al nacionalismo; se infería, en consecuencia, que el librecambio era la manifestación más elevada y deseable de dicho complejo simbólico-cultural. El proteccionismo ahondaba en el aislamiento de las distintas naciones al promover la solidaridad entre las clases antagónicas fundamentales, enfrentadas a partir de entonces a sus respectivos pares extranjeros. Es por ello que Justo, ante los sucesos de agosto de 1914, señala como un error de orden capital el hecho de que la Internacional Socialista se haya decidido a sumar sus voces en el coro patriota que estallaba en reclamos militaristas, cuando el procedimiento correcto hubiera consistido en la propagación de los beneficios relacionales que encerraría la actividad comercial dentro del concierto de naciones.¹⁵ La solución propuesta por el

⁹ El episodio es recogido por Cúneo, Dardo, **Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Solar, 1997, pp. 373-374.

¹⁰ Geli, Patricio y Leticia Prislei, «Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo», en **Entrepasados**, Buenos Aires, n° 4/5, 1993, pp. 37-38.

¹¹ Godio, Julio, **El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases, 1880-1910**, Buenos Aires, Erasmo, 1972, pp. 129-130.

¹² Corbière, Emilio, «Juan B. Justo y la cuestión nacional», en **Todo es Historia**, Buenos Aires, n° 62, junio de 1972, p. 21.

¹³ Plá, Alberto, «Orígenes del Partido Socialista Argentino (1896-1918)», en **Cuadernos del Sur**, Buenos Aires, Tierra del Fuego, n° 4, marzo-mayo, 1986, p. 46.

¹⁴ Justo, J. B., **Internacionalismo y Patria**, op. cit., p. 19.

¹⁵ *Idem*, p. 53.

socialismo argentino era original y tendría larga proyección, aunque no conseguiría alcanzar las repercusiones buscadas: al auge militarista debía ser contrapuesta la apertura de los mercados internacionales para la libre circulación de bienes y capitales.

El liberalismo económico, con su lucha clasista hacia interior de cada nación, tenía la facultad de hacer más factible la unidad mundial de los trabajadores. Era en su lucha nacional en calidad de consumidores donde los trabajadores encontraban el medio más eficaz a los fines de confrontar internacionalmente con los agentes de su explotación en la esfera de la producción. De este modo, la reducción de los derechos aduaneros debía convertirse en una de las exigencias más urgentes del socialismo, componente prescriptivo del programa de partido que sería satisfecho cuando se pudiera alcanzar la eliminación definitiva de los mismos. Fueron muy activas las políticas dirigidas en este sentido por el socialismo argentino. Así, por ejemplo, se realizó una serie de conferencias en la noche del 31 de julio de 1912 patrocinadas por el Comité Ejecutivo del PSA con la intención de discutir la política impositiva nacional, que repercutía fuertemente sobre la adquisición de bienes de primera necesidad y dejaba libre de exacciones proporcionales el consumo vinculado al «privilegio» y al «vicio».¹⁶ Pero las políticas económicas defendidas por los grandes partidos socialistas de Europa se dirigían en un sentido completamente distinto al que pretendía adjudicarles el partido argentino: al apoyar la intervención armada impulsada por sus gobiernos centrales, aquellos adherían también, implícitamente, a la política económica proteccionista que en tales condiciones propugnaba la coyuntura internacional. No obstante, y aunque en un primer momento el PSA aplaudió la posición neutralista del gobierno de Yrigoyen, cuando se sintió obligado a romper con ella para clamar por la declaración de guerra en compañía de los aliados su postura económica librecambista permaneció intocable.

La elevada capacidad del PSA para adaptar recursos teóricos que intervendrían en las proyecciones programáticas se hacía notoria en la polémica sobre la guerra internacional. La novedad de la coyuntura bélica mundial llevaba al líder del socialismo oficial en la Argentina a argumentar en el Congreso Socialista extraordinario de 1917 que el pueblo alemán de seguro aborrecía de los métodos inmanentes a la misma,¹⁷ para poco tiempo después pasar a sostener, el primero de mayo de 1918, que para los gobernantes tamaña destrucción era imposible de lograr sin la participación activa del pueblo.¹⁸ Pese a este cambio de percepción, el PSA era coherente en su decisión de guardar distancias respecto de cualquier ortodoxia dogmática que le representara la obligación de mantenerse dentro de confines poco maleables. La mutabilidad táctica no implicaba en este caso una mutabilidad ideológica. En tanto los intereses representados continuaran siendo los que se consideraba que correspondían a la clase obrera, y en tanto el objetivo máximo se constituyera en la búsqueda por liberar al proletariado de la explotación capitalista, el PSA se sentía en

la libertad de reconfigurar sus programas de acción de acuerdo a la opción que considerase más viable bajo el signo de los tiempos. Al menos esta era la explicación que el partido se daba a sí mismo para justificar la naturaleza cambiante de sus actos. De otra manera el PSA no podría sostener que «La lucha de clases siendo una gran verdad es hoy sólo una verdad relativa, frente a la guerra»¹⁹ y al mismo tiempo seguir considerándose el defensor de los intereses de los trabajadores en la Argentina.

Promediando el mes de septiembre de 1914 el gobierno argentino tomó conocimiento del fusilamiento del vicecónsul argentino en la ciudad belga de Dinant, recayendo la responsabilidad en el ejército de ocupación alemán. Este atropello funcionó a modo de preanuncio respecto de las violaciones a las soberanías nacionales que cabía esperar diera lugar la conflagración. Sin embargo, el hecho no recibió una condena tal por parte del PSA que lo condujese a reformular su posición frente a la guerra. El comercio de la Argentina con el extranjero no corría riesgos con la muerte del diplomático nacional. Pero muy pronto el acopio de trigo argentino destinado a Gran Bretaña, en conjunción con las disponibilidades para el mismo fin preparadas por Estados Unidos y Australia, se convirtió en una razón de estado para el gobierno alemán, quien a principios de febrero de 1917 decidió en consecuencia elevar a las naciones neutrales la advertencia de que sus embarcaciones serían atacadas en caso de que fueran sorprendidas navegando en aguas bloqueadas.²⁰

Cuando en abril se produjo el hundimiento de la embarcación argentina «Monte Protegido» la cancillería argentina exigió que fueran presentadas las debidas excusas por parte de las autoridades alemanas, pues el barco había abandonado las costas argentinas con anterioridad a la disposición unilateral de guerra submarina irrestricta y, por ende, el derecho internacional amparaba la legalidad de sus últimas actividades.²¹ El reclamo efectuado por el gobierno argentino fue debidamente respondido por el gobierno alemán y el incidente no pasó a mayores. No obstante, al hundimiento del «Monte Protegido» le siguieron los de otras dos embarcaciones argentinas: el del «Oriana»²², producido el 6 de junio, y el más resonante caso del «Toro», que tuvo lugar el 22 de junio en aguas de libre circulación. Al momento de elaborar una composición de lugar que dé cuenta de la realidad internacional en que debatía el socialismo argentino, es importante tener presente que, si bien a través de lo dispuesto por intermedio de su Ministerio de Relaciones Exteriores el gobierno alemán se manifestó favorable a indemnizar a su homólogo argentino en aquellos casos en que se demostrara la violación de las condiciones internacionales vigentes, ello no suponía desde ningún punto de vista el cese de las hostilidades en las zonas declaradas bajo blo-

¹⁶ *La Vanguardia (LV)*, 1/8/1912, 1956, p. 1.

¹⁷ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 145.

¹⁸ *Ídem*, p. 156.

¹⁹ *Ídem*, p. 158.

²⁰ Weinmann, Ricardo, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1994, p. 106.

²¹ *Ídem*, pp. 114-115.

²² Se concluyó tras los peritajes del caso que en realidad la nave «Oriana» no podía ser considerada como argentina a causa de su pabellón. Cfr. Lascano, Luis Alén, «Argentina y la Gran Guerra», en *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 69, enero de 1973, p. 43.

queo. Esto no significaba otra cosa que el perjuicio drástico para las ventas de los bienes agropecuarios que la Argentina producía en masa con el objetivo de destinarlos a la exportación; su mayor mercado se hallaba aislado y los riesgos de sortear con éxito el aislamiento eran demasiado grandes. Vale decir que las condiciones socioeconómicas argentinas se hallaban revestidas por ciertas especificidades que planteaban un reto singular de cara a la adopción de aquellas interpretaciones sobre los acontecimientos recientes y los procedimientos de orden práctico de ellos derivados que proliferaban en los caldeados debates del socialismo internacional. Y es que, como señalara Godio, las complejidades que presentaba la realidad argentina la dotaban de un cariz que era único en su género:

Argentina, país políticamente independiente no es una colonia, ni inclusive semi-colonia, sino un país capitalista agrario dependiente en expansión, donde la cuestión social no puede ser reducida al enfrentamiento campesino-terrateniente, y donde la cuestión nacional no está planteada como lucha anticolonialista.²³

Es en el moderno sistema capitalista mundial en donde se inserta el modelo económico agroexportador que asume la Argentina. Las ciudades centrales presentan una magnitud considerable en los mismos comienzos de su existencia. En ellas el proletariado incipiente, compuesto en número significativo por extranjeros de origen europeo, no reconoce más que un pasado construido en las relaciones sociales de producción libres. La estructura económica y social del país combina elementos de la modernidad y del atraso, lo que genera aquellas fricciones que le dan una fisonomía propia. No tiene, por ello mismo, que recuperar el socialismo argentino las claves teóricas signadas por la *doxa* socialdemócrata de la época, así como tampoco siente apremio por retrotraerse hacia aquellas otras que habían sido promovidas desde el socialismo «científico» primigenio. Sintomático de esta situación es la recriación argentina que en 1907 dedica a la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán, el más poderoso y paradigmático de entre los miembros de toda la familia socialista, por no haber sabido poner un freno a la política proteccionista impartida por el gobierno de su país, la cual desde 1904 estaba haciendo estragos en la lucha emancipatoria de una población cada vez más extenuada.²⁴ En los puntos más acuciantes de la cuestión económica los roles pedagógicos, al menos en la práctica teórico-discursiva, aparecían invertidos: eran los políticos profesionales del PSA los que señalaban los errores de sus hermanos mayores al tiempo que enseñaban el método para revertir las fallas.

El socialismo argentino en el socialismo europeo

Durante el Congreso de Copenhague, Juan B. Justo se opuso a la propuesta de Sorge, delegada por el Partido Socialista de Francia, cuando con motivo de la fuerte represión sufrida por el movi-

miento obrero austral elevó la moción que llamaba a boicotear los productos de origen argentino. Ello sin dudas implicaría un duro golpe al librecambio, motivo por el cual el representante argentino contra-argumentó advirtiendo sobre las repercusiones negativas que habrían de recaer tanto en los obreros argentinos como en los europeos.²⁵ Interesa resaltar aquí el hecho de que con esta situación se demostraba la existencia y la interacción entre dos elementos que resultan claves al momento de entender la dinámica de la relación socialista entre secciones nacionales con posiciones jerárquicas distintas: por un lado, la independencia del pensamiento socialista argentino, por el otro, la incompreensión que de él obtenían los grandes partidos europeos de la Internacional.

La defensa encarnizada del librecambio era un síntoma del cientificismo evolucionista que embargaba el pensamiento de la corriente sector mayoritaria del PSA: solamente por su intermediación podría sanearse el aparato productivo de aquellas industrias ineficientes, expresión oportunista del capital especulativo, capital parasitario, que gozando del beneficio de las tasas impositivas elevadas que pesaban sobre sus equivalentes elaborados en el extranjero lograban prolongar artificialmente su existencia. El proteccionismo económico redundaba así en el atraso de las fuerzas productivas nacionales. Para el PSA la intromisión libre de trabas por parte del capital extranjero libre en la economía argentina era, a fin de cuentas, una demostración más en el sentido de que se estaba por la defensa y el estímulo de ideales propios del internacionalismo. A su vez, claro está, la evolución material que así debía lograrse estaría implicada en una maduración consiguiente de las condiciones políticas y sociales de la nación.²⁶ En todas sus manifestaciones posibles, el proteccionismo no podía producir nunca otra consecuencia más que la de inundar el mercado con productos artificialmente onerosos y de baja calidad, condenando así a la ruina material del proletariado nacional.

En el Primer Congreso Socialista Obrero Argentino, celebrado en los días 28 y 29 de junio de 1896, los socialistas modelaban el perfil de su partido al adoptar por principio la definición de que «nuestro movimiento es ante todo económico. No somos ideólogos que luchan por vagas aspiraciones de justicia, o de libertad; queremos en primer término el mejoramiento económico, y sabemos que así conseguimos lo demás por añadidura».²⁷ Dentro de esta lucha socialista que debía desenvolverse en la esfera de la economía, el socialismo entroncado en el pensamiento de Juan B. Justo iba a imponer de a poco, y hasta hacerse fuerte en todos los resquicios del partido, la opinión de que dicha confrontación económica tenía que librarse, en primer lugar, dentro del ámbito de la circulación, quedando a tal propósito fuertemente vinculada a la presión que podía ejercerse por los canales de expresión política. La clase obrera requería de la presencia de un capitalismo desarrollado, del normal funcionamiento del sistema de libre

²³ Godio, J., *El movimiento obrero*, op. cit., p. 40.

²⁴ LV, 22-23/7/1907, 512, p. 1.

²⁵ LV, 25/9/1910, 1382, p. 1.

²⁶ Esta postura se remonta a los inicios del socialismo como proto-partido. Cfr. LV, 2/11/1895, n° 44, p. 1.

²⁷ LV, 4/7/1896, n° 27, p. 1.

competencia, precondition para alcanzar las puertas de la sociedad socialista. Tanto así que, en plena guerra mundial, la liberación del comercio internacional de obstáculos aparecía a los ojos de los socialistas parlamentarios de la Argentina como «la obra pacifista por excelencia»²⁸.

Del mismo modo en que había ocurrido entre los grandes grupos socialdemócratas de Europa que acabaron dando su consentimiento al militarismo, una vez más la guerra de defensa aparecía como justificativo para la empresa bélica a los ojos del diputado socialista de Tomaso, quien comprendía que: «En 1914 los socialistas alemanes se han defendido por temor a la invasión rusa».²⁹ De la misma opinión era el senador del Valle Iberlucea, quien al afirmar que «las obras contra la libertad de un pueblo son atentados contra todos los otros; una nación puede emprender una guerra sólo para defender su soberanía, su libertad, su propiedad (...)»³⁰ dejaba en claro, además de la validez de la guerra defensiva, el internacionalismo del interés con que debía servirse a los fines de revertir los atropellos de la guerra ofensiva. En este sentido, del Valle Iberlucea exigió la ruptura franca de relaciones con Alemania aún antes de que se produjera el hundimiento del Monte Protegido. El argumento en que se basó esta exigencia consistió en la declaración de hostilidades que realizó Estados Unidos al país europeo ante el anuncio de que la campaña submarina sería incrementada al punto tal que quedarían sin efecto los derechos de neutralidad amparados bajo el derecho internacional.³¹

En Argentina, a diferencia de lo que ocurre por entonces en Europa, son los trabajadores los que se manifiestan, si no a favor de un internacionalismo proletario consciente y activo, al menos sí en apoyo a la neutralidad adoptada por el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Y son aquí, paradójicamente, los dirigentes socialistas los que deciden reclamar la intervención argentina en el conflicto bélico mundial. Arrastran en su decisión a los afiliados que habían expresado su determinación en las elecciones internas, tal como quedó demostrado con el plebiscito partidario realizado en el marco del III Congreso extraordinario del partido celebrado en abril de 1917 que acabaría dando forma al embrión del comunismo en el país. Por la parte que toca a los afiliados al partido, esta situación quizás pueda explicarse en la inexistencia de un sentimiento nacional fuerte, lo que sin dudas podía acercarlo a las posiciones antibélicas propugnadas por el socialismo internacionalista, perspectiva que era alimentada desde el grupo izquierdista local conducido por José Penelón. Por el lado del liderazgo parlamentarista, actor central del análisis propuesto, la postura se comprende, como se ha visto, en su concepción evolucionista de la lucha sociopolítica y en la metodología asumida para llevarla adelante. Teorías más extremas como la que sostenía el bolchevismo ruso a partir del derecho a la autodeterminación de las naciones, con su propuesta de convertir la guerra internacional interburguesa en una

guerra civil interclasista, tenían grandes dificultades para ser asimiladas por el mundo del trabajo en las condiciones político-sociales de la Argentina de los años de la Gran Guerra.

Urge recordar que en los años previos al estallido de la guerra la misma línea mayoritaria del PSA se había manifestado anticipadamente en su contra, tras considerar que de producirse de acuerdo a las tendencias signadas por el largo período de «paz armada», sería el «producto de maquinaciones de la burguesía imperialista».³² La dirección del Partido, de hecho, había decidido en 1912 que en señal de protesta se sumaría a la huelga general que promovía un sector de la Segunda Internacional, aquel que encontraba en la figura de Gustave Hervé a su máximo referente. La posibilidad de la merma en los intercambios comerciales era ya una preocupación para el partido argentino al inicio mismo del conflicto. Parecía entonces remota la posibilidad de que el PSA consintiera la intervención argentina en una guerra de las características señaladas. Su trayectoria daba indicios en ese sentido. El repudio en contra de la agitación burguesa que tenía la intención deliberada de caldear los ánimos en contra del pueblo chileno, así como también la admiración y el apoyo moral hacia el movimiento independentista de Cuba, fueron oficialmente ratificados en el II Congreso del Partido Socialista, llevado a cabo durante los días 12 y 13 de junio de 1898.³³ En caso de guerra con Chile, se sostenía que el proletariado no sería «sino el dócil esclavo que da su cuerpo, su vida y la suerte de los suyos, en defensa de los intereses del burgués capitalista».³⁴ Pero al socialismo argentino, en cambio, le faltaban certezas para decidir su percepción sobre los acontecimientos cubanos: si en primera instancia supone que en nada se beneficia el proletariado de Cuba con la obtención de su independencia nacional,³⁵ poco tiempo más tarde concibe que la facultad para autodeterminarse implica una mejoría respecto de su posición colonial precedente, al tiempo que lo pone condiciones más propicias para un futuro avance paulatino hacia la transformación social.³⁶

En las discusiones parlamentarias que a mediados de 1913 tuvieron por eje los criterios empleados para la aprobación de las partidas presupuestarias, del Valle Iberlucea se manifestó en el Senado contrario a que se mantuviera la espiral ascendente de gastos que insumía el ministerio de Guerra y Marina de la Nación.³⁷ Como se ha señalado más arriba, la guerra submarina total declarada por Alemania iba a producir un cambio drástico en la posición neutralista hasta entonces asumida unánimemente por el PSA, pues peligraba con ella la integridad del comercio trasatlántico. Más allá de que la causa no fuera en absoluto la esperada, lo cierto es que las agresiones alemanas terminaron por otorgar los pretextos que la corriente parlamentaria necesitaba para extremar

²⁸ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 273.

²⁹ De Tomaso, Antonio, *La Internacional y la Revolución*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1919, p. 144.

³⁰ Del Valle Iberlucea, Enrique, *La Cuestión Internacional y el Partido Socialista*, Buenos Aires, Martín García, 1917, p. 12 [26 de enero de 1916].

³¹ *Ídem*, pp. 94-99 [13 de abril de 1917].

³² Corbière, Emilio, «Orígenes del comunismo argentino. Los socialistas y la guerra del catorce», en *Todo es Historia*, n° 81, febrero de 1974, p. 19.

³³ Dickmann, Adolfo, *Los Congresos Socialistas. 40 Años de Acción Democrática*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, pp. 11-12.

³⁴ *LV*, 2/2/1895, n° 5, p. 1.

³⁵ *LV*, 17/8/1895, n° 33, pp. 1-2.

³⁶ *LV*, 31/10/1896, n° 44, p. 1.

³⁷ del Valle Iberlucea, Enrique, *Discursos parlamentarios*, Valencia, F. Sempere y Compañía, s/f, pp. 43 y 51.

sus reclamos en pos del incremento irrestricto para la circulación internacional de mercancías.

Es importante advertir que si bien Bernstein en 1911 había plasmado en su breve escrito «De la secta al partido» algunas opiniones favorables al librecambismo político y económico,³⁸ resulta innegable que el Partido Socialista argentino tenía al momento de aparición de aquel folleto una amplia trayectoria dirigida en ese sentido. De hecho, en el encuentro que el dirigente socialista argentino Antonio de Tomaso mantuvo con el teórico revisionista salta a simple vista que la defensa que emprende este último del librecambio no descansaba tanto en sus virtudes intrínsecas como en las debilidades y perjuicios que supone el proteccionismo: «El proteccionismo, sobre todo en los países avanzados, lleva por necesidad a la política imperialista y de guerra. Todos nuestros proteccionistas socialistas fueron imperialistas».³⁹ El grupo de los socialistas parlamentaristas de la Argentina, por el contrario, se mantuvo inmerso en la reivindicación coherente, invariable, del derecho a la libertad de las naciones para entablar relaciones comerciales. La definición que enarbola el socialismo argentino del librecambio no se establece por la negativa: se identifica en este sistema el portador genuino de las experiencias que permiten la maduración política del proletariado, y así puede comprobarse desde finales del siglo XIX hasta el final del período que nos ocupa.

Aunque se expandió por todos los reductos del socialismo parlamentario de la Argentina, lo cierto es que perteneció a Justo la originalidad de convertir en una bandera, más que en un tópico, la noción de librecomercio entendida como aquel elemento clave del proceso de modernización emergente, en el cual el socialismo debía hacer hincapié con el objeto de contribuir a posicionar estratégicamente al proletariado en la lucha social y política. Las delegaciones argentinas que concurren a los distintos congresos y conferencias que se realizaron en el marco de la Segunda Internacional elevaron a sus pares de otras naciones los contenidos de la propuesta librecambista, sin llegar a capturar la correspondencia tan ansiosamente buscada. En este sentido es oportuno rescatar la apreciación de José Aricó:

A diferencia de una actitud habitual en el pensamiento socialista de la época, desde el inicio de su militancia por el socialismo intentó encontrar las raíces de esta corriente ideal en la propia realidad nacional, cuya historia desde una perspectiva clasista intentó revalorizar críticamente.⁴⁰

Para el grupo parlamentario argentino, a diferencia de los postulados que enarbolaba el marxismo revolucionario en Europa y en la Argentina, los derechos y los intereses de los trabajadores no eran antagónicos, sino que se encontraban integrados en el conjunto más amplio de los derechos e intereses nacionales.

Invitado a la ciudad de Buenos Aires a fines de octubre de 1908

para dar a conocer sus apreciaciones sobre el socialismo argentino, Enrico Ferri, diputado por el Partido Socialista Italiano, había sostenido, para disgusto de sus compañeros nativos, la imposibilidad de constituir un Partido Socialista serio en un país en que la mayoría de su población económicamente activa no se hallase volcada a las actividades de la industria.⁴¹ Los comentarios de Ferri alentaron una larga serie de respuestas en las páginas del órgano del PSA. No era ésta sino otra forma expresión más en donde se reflejaba el sentimiento de superioridad que experimentaba el socialismo parlamentarista europeo en relación a las encarnaciones del pensamiento socialista extra-continental. Este aura de «espíritu rector» partía de un desconocimiento de las distintas realidades nacionales y acababa traduciéndose en una impugnación anticipada de cualquier experiencia política que no siguiera las mismas pautas ni se aplicara en un terreno con idénticas características que aquellas bajo las cuales había triunfado el «socialismo progenitor». El arribo a la Argentina de otra figura de renombre internacional Jean Jaurès sirvió, en consecuencia, para purgar a nivel local la desafortunada impresión que sobre el socialismo argentino había dejado el visitante honorífico anterior.

Antes de visitar la Argentina en septiembre de 1911, el político francés realizó inesperadamente un paso fugaz por Montevideo, y aprovechó la oportunidad para brindar una conferencia improvisada. En ella manifestó la convicción de que las potencias europeas se hallaban encaminadas a un régimen de destrucción de proporciones inusitadas, constituyendo lo interesante de su diagnóstico el haber vaticinado que el corolario del estallido bélico internacional vendría dado por un paralelo estallido social que habría de decantar en el inicio de un proceso revolucionario para los países directamente afectados.⁴² Pero este pronóstico no era de ninguna manera precursor del impulso positivo que le adjudicaría la izquierda socialista un año más tarde en el Congreso de Basilea. Aun cuando la explosión revolucionaria fuera descartada por el líder socialista francés, atento su comportamiento a la construcción de una trayectoria homogénea y sin fisuras en favor de la transición político-social pacífica, es importante señalar que la premisa en que descansaba su fundamentación consistía en advertir que los gobiernos centrales debían hacer frente a la sublevación de los pueblos que, con toda seguridad, originaría de forma natural la exigencia estatal para que sus ciudadanos partieran al frente de combate. El socialismo argentino mayoritario compartía este posicionamiento táctico respetuoso de la legalidad a partir de la cual debía desarrollarse el cambio gradual de la realidad social. De tal modo, en su informe al Comité Ejecutivo del PSA, con motivo de la celebración del Congreso de Copenhague, Juan B. Justo sostenía el 10 de noviembre de 1910 que «no somos absolutamente un partido de violencia, sino un partido de orden en un país de revueltas».⁴³ Esta suerte de «materialismo gradualista» fue decisivo en la orientación que tomó la intervención argentina en las polémicas internacionales.

³⁸ Cfr. de Tomaso, A., *La Internacional*, op. cit., p. 67

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ Aricó, José, *La tradición socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 2006, p. 10.

⁴¹ Justo, J. B., *Socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1920, pp. 123-141.

⁴² Sáenz, Jimena, «Monstruos sagrados en el Centenario», en *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 68, diciembre de 1972, pp. 73-74.

⁴³ *LV*, 10/11/1910, n° 1421, p. 1.

Los lineamientos temáticos trazados por la Internacional Socialista para su debate en la Conferencia de Berna consistían en cuatro puntos fundamentales, a saber: 1) las responsabilidades de la guerra; 2) las cuestiones territoriales; 3) la Sociedad de las Naciones; 4) La cuestión rusa.⁴⁴ En el punto referido a la Sociedad de Naciones, donde el centro de la atención pasaba por la necesidad de consensuar el desarme de todas las naciones y garantizar la permanencia de la paz a través del arbitraje internacional, con su intervención Juan B. Justo logró colar en la agenda socialista la cuestión del librecambio,⁴⁵ al punto tal que entre las resoluciones de la Conferencia de Berna se afirmaba que era requisito de la Sociedad de las Naciones

prevenir toda guerra económica mediante el establecimiento de un régimen fundado en el libre cambio, el libre acceso a todos los países, la puerta abierta en las colonias y el control internacional de las grandes vías de comunicaciones mundiales. Si algunas naciones establecen tarifas aduaneras, éstas deberán ser sometidas a la aprobación de la sociedad de las naciones.⁴⁶

Este triunfo del socialismo argentino tuvo aún cierta pertinencia, si bien mucho más tibia, en la Conferencia de Amsterdam, siendo que fue escuchada la proposición argentina de que se implementaran «reglas para la abolición gradual de las trabas legales al comercio internacional».⁴⁷

La pérdida del lugar de trascendencia de los planteamientos a favor del librecambismo se vería confirmada en forma definitiva con la celebración de los cónclaves subsiguientes. Cuando la Conferencia Internacional Socialista de Lucerna se expide sobre las cuestiones económicas de posguerra resuelve que para el caso de Alemania y Austria:

Los arreglos para el control del crédito, de la navegación, de la alimentación y de las materias primas, deben ser confiables, en forma bien definida, a organismos en cuyo seno los adversarios tengan una representación bajo el control de la sociedad de las naciones en vez de estar en manos de organismos dominados por dos o tres de los principales gobiernos aliados.⁴⁸

Se exigía no ya la derogación de los instrumentos de control de las economías nacionales de estos dos países vencidos en la contienda, sino que ahora era explícita la convicción referida a la necesidad de reemplazar una forma de intervención por otra. La capacidad del socialismo argentino para ganar la consideración de sus pares europeos en la acogida de argumentos programáticos que le eran propios quedaba así aniquilada. En este sentido, no es casual el hecho de que el Congreso de Berna haya ocupado un lugar destacado en numerosas oportunidades dentro de las pági-

nas de **La Vanguardia**, en tanto que los encuentros posteriores del socialismo internacional apenas merecieron alguna mención breve. Sin lugar a dudas fue Berna el momento álgido del PSA en su encuentro con las fuerzas socialistas internacionales.

Consideraciones finales

Aunque dotado de una conformación que respondía a parámetros de índole nacional, el *corpus* ideológico que daba unidad de sentido al Partido Socialista Argentino tenía una dimensión internacional, razón por la cual «si ante los regionalismos provinciales el socialismo como ideología tendencialmente universalista debía asumir una identidad nacional, del mismo modo, ante los nacionalismos, debía asumir una identidad internacionalista».⁴⁹ En torno a los problemas que se generan a partir de la dinámica combinada en el complejo relacional relativo a la cuestión de las naciones, el núcleo de la discusión no es el mismo entre el socialismo europeo y el argentino. Si en Europa los numerosos intentos por comprender la realidad social a comienzos del siglo XX otorgan un lugar central del debate a la cuestión territorial, en el caso argentino es la cuestión ligada al comercio internacional la que captura el grueso de la atención en las diatribas que suscitan las formaciones nacionales y sus interacciones.

Los socialistas argentinos no se resignan a ocupar un lugar de subordinación en la lucha por la emancipación mundial de los trabajadores. Aunque no cuenta con el prestigio que la trayectoria otorga a sus pares europeos, hay una crítica fuerte y recurrente que la dirección del PSA destina a la Segunda Internacional, y es aquella que consiste en objetar el silencio generalizado en torno de las cuestiones vinculadas a los comercios internacional y colonial, silencio mantenido sin variantes desde que las hostilidades entre naciones se constituyeron en motivo de análisis pormenorizado a partir del Congreso de Stuttgart. Esta omisión deliberada hacia el papel del intercambio comercial hubo de sostenerse hasta después de finalizada la contienda, ganándose un lugar de privilegio en la conferencia celebrada en Berna en 1919, y aún así habría de volver pronto a quedar minimizada en la reunión que con posterioridad encontró a la Internacional Socialista en Amsterdam. La centralidad adjudicada por el socialismo argentino al librecambio venía dada por la potencialidad transformadora en que, de acuerdo a su perspectiva, éste se halla envuelto:

Revolucionario es el librecambio porque dirige en todas partes el trabajo humano hacia su empleo más productivo; porque, a igualdad de aptitud para la acción gremial y política, permite a los productores más alto nivel de vida; porque rompe la rutina de cada país, destruye las empresas parasitarias e impone perentoriamente a todos el progreso técnico-económico; porque estrecha el campo de acción retrógrada de

⁴⁴ Cfr. LV, 25/3/1919, n° 4219, pp. 2-3; LV, 18/3/1919, n° 4212, p. 3.

⁴⁵ LV, 8/2/1919, n° 4171, p. 1.

⁴⁶ LV, 30/6/1919, n° 4315, p. 1.

⁴⁷ LV, 29/6/1919, n° 4314, p. 1.

⁴⁸ LV, 7/10/1919, n° 4413, p. 1.

⁴⁹ Becerra, Marina, «¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX», en Camarero, Hernán y Carlos Miguel Herrera (eds.), **El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo**, Buenos Aires, Prometeo, 2005, p. 101.

la corrupción política, del monopolio y del privilegio; porque define los antagonismos sociales internos y hace interdependientes a los pueblos.⁵⁰

Al momento de interpretar los motivos y establecer un programa de acción ante una coyuntura de tanta trascendencia como lo fue el estallido bélico de 1914 no se debía perder de vista el carácter excepcional del que ella era producto. Pero la libertad para entablar intercambios comerciales entre países era un derecho que se defendía tanto en la paz como en la guerra, y los socialistas asumían la tarea de velar por las condiciones de su realización. La solidaridad entre capitalistas y asalariados que impulsaba el proteccionismo decantaba en el más nocivo de los nacionalismos, el cual tenía que ser combatido con ingentes esfuerzos, pues constituía un freno al proceso social en que se desenvuelve con naturalidad la lucha de clases. El internacionalismo era identificado con el liberalismo económico total, y el verdadero nacionalismo era el que se basaba en el internacionalismo comercial. Era éste, según la percepción del socialismo argentino hegemónico, el único nacionalismo que constituía una vía válida para la maduración política de los proletariados de cada país.

Por lo tanto, si la interpretación que de la guerra había promovido en un principio la Segunda Internacional era acertada, entendiendo que su causa y fundamento radicaba en la expansión del capital comercial monopolista en busca de nuevos mercados, entonces la solución estaba, a decir del PSA, al alcance de la mano: bastaba con abrir las fronteras nacionales a los productos de todas las regiones del mundo. Por eso las exigencias de intervención militar con la finalidad de proteger a la marina mercante de las consecuencias provocadas por la guerra submarina irrestricta impulsada por Alemania le permitían al PSA romper con los votos de neutralidad desde un lugar totalmente original, bien apartado de los planteos justificativos de los socialistas europeos. Y es que, por el rol que se le había adjudicado, al insistir en la necesidad de defender el comercio internacional, el socialismo argentino podía legitimar su acción en el convencimiento de que se estaba así estimulando el desarrollo de la lucha de clases. Nacionalismo e internacionalismo aparecían, en consecuencia, como dos proyecciones sociales imbricadas, no como partes de una dialéctica forzada entre par de antagonicos, sino unidas en una relación de interdependencia beneficiosa en donde el buen desarrollo de uno se hallaba supeditado al correcto desempeño del otro.

La existencia de naciones fuertes era un prerrequisito para la conformación de un internacionalismo vigoroso. La amalgama que estrechaba a estas dos construcciones poniéndolas en correspondencia unívoca no era otra que la actividad económica. En el esquema teórico del socialismo mayoritario argentino no mediaba contradicción alguna entre la funcionalidad nacional del partido y la proyección internacional del movimiento socialista:

El partido socialista sabe respetar la canción patria, como también la bandera azul y blanca; pero el partido socialista, como fracción de una entidad internacional, al mismo tiempo que recuerda las armoniosas estrofas de la canción patria, recuerda el himno de los trabajadores. En esa forma, nacional e internacional a la vez, contribuye al engrandecimiento del país por el mejoramiento económico e intelectual del pueblo trabajador, queriendo que los trabajadores tengan una patria legítima, y que ésta no sea el monopolio de una clase privilegiada, de un partido puritano, que a cada momento la invoca, aunque la traicionen las ideas y los hechos, realizando conspiraciones y deshonrando al país ante el mundo entero.⁵¹

De este modo, en los años de conflicto bélico internacional y en la inmediata posguerra, el Partido Socialista Argentino se propuso —y logró— abordar aquellas problemáticas acuciantes que influían más allá de la Argentina, partiendo de claves de análisis autóctonas. Bajo ningún punto de vista puede objetarse que la defensa a ultranza del librecambio, promovida por la conducción del PSA durante tantos congresos y conferencias internacionales, haya consistido en realidad en la mera adopción de una propuesta emergida y gestionada en las «altas esferas» del socialismo mundial. La Segunda Internacional Socialista se hallaba organizada internamente de tal manera que era posible para los partidos nacionales que la integraban, tomar distancia en términos relativos respecto de las concepciones asumidas en su seno. El socialismo argentino se hizo eco de esta posibilidad para realizar una exégesis auténtica de los hechos y delinear una respuesta de acción acorde: su defensa de la libertad de comercio fue, para el partido sudamericano, la consumación de esta libertad de pensamiento.

⁵⁰ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 62.

⁵¹ Del Valle Iberlucea, E., *Discursos parlamentarios*, op. cit., p. 38.

Resumen

Pese a que los grandes partidos socialistas de Europa podían sentirse en condiciones de impartir a sus homólogos menores ciertas lecciones esenciales para la vida política, el socialismo argentino logró encontrar espacios críticos que le permitieron generar planteos originales en torno de algunas de las dificultades cruciales que obstruían el camino nacional hacia la superación del capitalismo. Desde la dirección del PSA se evidenciaba un proyecto de nación autosustentable que no desdeñaba de la exportación de productos agrarios. La campaña submarina irrestricta declarada por Alemania al promediar la Gran Guerra hizo peligrar la integridad del comercio trasatlántico, extremando los reclamos argentinos en favor de la circulación internacional de mercancías. Este artículo intenta, por tanto, contribuir a la aprehensión de la tradición política específica del PSA, centrandó para ello la atención en uno de los factores de divergencia teórico-práctica más salientes que acompañaron su trayectoria durante la Segunda Internacional: el librecambio.

Palabras clave: Partido Socialista Argentino; Segunda Internacional; librecambio.

Abstract

Although the big socialist parties in Europe might have felt able to impart essential lessons on political life to their minor counterparts, the Argentine socialism was able to create critical spaces that allowed it to generate original proposals around some of the crucial difficulties obstructing the national road towards overcoming capitalism. A self-sustaining project for the nation that did not disdain the export of agricultural products was evident from the direction of the PSA. The unrestricted submarine campaign declared by Germany midway through the Great War was threatening the integrity of transatlantic trade, taking the Argentinian claims for the international flux of goods to extremes. This article attempts, therefore, to contribute to the apprehension of the PSA-specific political tradition, by focusing the attention on one of the most salient theoretical and practical factors of divergence that accompanied its tradition during the Second International: the free trade.

Keywords: Socialist Party of Argentina; Second International; free trade.



Soluciones: una experiencia de acercamiento entre el peronismo y la izquierda durante la campaña por el voto en blanco en 1960

Cristina Tortti

Este trabajo hace foco en una temprana experiencia de articulación política entre fuerzas de izquierda y peronismo, producida durante el primer tramo del gobierno de Arturo Frondizi. Los acuerdos logrados para la edición del quincenario **Soluciones**, vocero del Movimiento Obrero Unificado y de la campaña por el voto en blanco, muestran hasta qué punto la llamada «traición» de Frondizi operó como elemento acelerador de procesos de reconfiguración político-ideológica que, desde 1955, venían incubándose en ambas tradiciones. Si bien el pleno despliegue de dicha articulación se producirá más adelante —avanzada la década del sesenta—, sus orígenes pueden rastrearse en los puntos de coincidencia alcanzados por quienes, habiendo sido electores del gobierno «desarrollista», se convirtieron rápidamente en sus más férreos opositores.

Sin embargo, experiencias como las de **Soluciones** no han quedado registradas en nuestra memoria social y política, ni han merecido suficiente atención por parte de la historiografía.¹ Tal vez por esta razón, cuando se intenta explicar el origen de las múltiples formas de entrecruzamiento —práctico y discursivo— entre la izquierda y el peronismo, se recurre casi exclusivamente a los efectos del golpe de estado de 1966, mientras que significativos episodios producidos sobre el fin de los cincuenta y principios de los sesenta permanecen en la oscuridad.

1. Peronismo, comunismo y frondizismo

En el campo de la izquierda esos tempranos procesos incluyeron, en la mayor parte de los casos, intentos de acercamiento a los

trabajadores y al proscripto peronismo, tanto en el nivel sindical como en el político. En consonancia con la «intelectualidad crítica» de la época, la franja joven de la militancia de izquierda había ingresado en lo que Carlos Altamirano (2001) denominó «situación revisionista» respecto del peronismo. De ese modo, se incrementaría el malestar que ya existía en sus tradicionales partidos Socialista y Comunista (PS y PC) y se promoverían debates que, en muchos casos, conducirían a fracturarlos.

Al mismo tiempo, en sectores peronistas ligados a la «resistencia» y a la llamada «línea dura» se adoptaban formas de lucha y consignas novedosas dentro de su movimiento, tal como se aprecia en el Programa de La Falda, surgido del congreso realizado por las «62 Organizaciones» en 1957, cuando éstas aún estaban integradas por peronistas y comunistas.² Dentro de la misma tendencia puede ubicarse el hecho de que, en las elecciones nacionales de 1958, comunistas y peronistas coincidieran en el voto a

¹ Con la excepción de Norberto Galasso, **Cooke, de Perón al Che**, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2005, quien menciona la experiencia de **Soluciones**.

² La Comisión Intersindical de Gremios Normalizados, primer agrupamiento sindical opositor a la «Revolución Libertadora», fue creada en 1957 a instancias de los comunistas: reunía a los gremios «normalizados», dirigidos sobre todo por comunistas y peronistas, y su principal reivindicación consistía en el cese de las intervenciones en los sindicatos y en la CGT. A mediados de ese año, y como expresión del fracaso del congreso «normalizador» de la CGT convocado por el Interventor de la central, emergieron dos agrupamientos: las «62 Organizaciones» (comunistas y peronistas) y los «32 Gremios Democráticos» (alineados con la «Revolución Libertadora»). Hacia fines de 1957, los «19» gremios comunistas se separaron de las «62» organizaciones peronistas; la desavenencia, según los comunistas, se debió a que una vez que los peronistas alcanzaron la normalización de un número mayor de sindicatos tendieron a menoscabar el lugar de sus aliados; los peronistas, por su parte, lo atribuyen a que en vísperas de las elecciones para convencionales constituyentes, los comunistas se inclinaron por apoyar el proceso electoral del cual ellos estaban proscritos y votarían en blanco, ver carta de Cooke a Lagomarsino, del 20/6/1957, en Roberto Baschetti, **Documentos de la Resistencia Peronista**, La Plata, de la Campana, 1997, pp.109-119; Alejandro Schneider, **Los compañeros**, Buenos Aires, Imago

Arturo Frondizi: el candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) había logrado instalarse como opositor a la «Revolución Libertadora»; frente al «continuismo» representado por el Radicalismo del Pueblo,³ el frondizismo se diferenciaba por su actitud menos hostil hacia el peronismo.

La propuesta y el discurso de Frondizi también resultaban atractivos para los sectores medios por cuanto articulaba un plan para sacar al país del estancamiento económico con una fórmula para la integración política del peronismo. A las resonancias antiimperialistas y al lenguaje actualizado y «moderno» de Frondizi, se agregaba el hecho de que la UCRI contaba con un «ala izquierda» dentro de la cual se destacaba el grupo de jóvenes que desde las páginas de **Contorno** había sido pionero en plantear la necesidad de religar a los intelectuales y a la izquierda con el movimiento popular.

Por esas razones el programa de la UCRI operó como polo de atracción tanto para el peronismo, que buscaba su legalización, como para el Partido Comunista (PC) que encontraba en él una orientación adecuada para la resolución de las tareas «nacional-democráticas» que, de acuerdo con su línea política, debían preceder a la construcción del socialismo.⁴ Acercándose la fecha de las elecciones, el apoyo a Frondizi halló su fórmula práctica en el acuerdo sellado entre él y Perón —a través de John W. Cooke y Rogelio Frigerio—, por el cual el 23 de febrero de 1958 la UCRI capitalizaría al crucial electorado peronista que, un año atrás, se había expresado votando en blanco.⁵

Durante el primer tramo de su gobierno —«los ocho meses desarrrollistas»— y en medio de importantes expectativas, Frondizi tomó una serie de medidas de fuerte impacto en la opinión pública; con ellas cumplía buena parte de sus compromisos con el movimiento obrero y el peronismo al decretar un significativo aumento de salarios, una amplia amnistía y sancionar la Ley de Asociaciones Profesionales que reinstauraba el modelo sindical

vigente durante el gobierno de Perón. Sin embargo, junto con ellas, anunció la «batalla del petróleo» y la reforma del artículo 28° de la Ley de Educación, que le valieron la oposición de los sectores progresistas y de izquierda que lo habían apoyado⁶ y que, entonces, comenzaron a hablar de la «traición» de Frondizi. El cimbronazo se sintió en la misma UCRI cuando un grupo de sus legisladores, reclamando el cumplimiento del «Programa del 23 de Febrero», se apartó de la bancada oficial para conformar el «Bloque Nacional y Popular», y varios funcionarios cercanos a Ismael Viñas, y junto con él, renunciaron a los cargos que desempeñaban en el gobierno para, finalmente, abandonar el partido.⁷

Poco después, hacia fines de 1958 se produjo la huelga petrolera de Mendoza, primera manifestación de repudio a los contratos recientemente firmados con empresas extranjeras; impulsada por la dirigencia comunista y peronista, la huelga fue inmediatamente declarada ilegal por el gobierno que, además, decretó el Estado de Sitio en todo el territorio nacional y dispuso la «movilización militar» de los huelguistas y la ilegalización del PC.⁸ Muy poco tiempo después, el gobierno anunció el Plan de Estabilización, los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional y una serie de medidas que indicaban claramente la ratificación del cambio de rumbo.⁹

Entre la mencionadas medidas se destacaron las destinadas a la privatización total o parcial de empresas estatales consideradas deficitarias, tales la de ferrocarriles y el Frigorífico «Lisandro de la Torre». Cuando en enero de 1959 el Presidente giró al Congreso el proyecto de ley que autorizaba la venta o arrendamiento de

Mundi, 2006, p.104; Daniel James, **Resistencia e integración**, Buenos Aires, Paidós, 1990, cap. 3.

³ El proyecto «nacional y popular» de la UCRI apuntaba a un programa de industrialización sostenido por la activa participación del Estado que, a la vez, restringiría el papel del capital extranjero e induciría al agro pampeano a elevar su productividad; también prometía el fin de las proscripciones políticas y una política que sostuviera la participación de los asalariados en el ingreso nacional. Esta propuesta se inspiraba en la Declaración de Avellaneda, de abril de 1945, considerada fundante del Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR) —que dentro de la UCR, se había opuesto a la incorporación del radicalismo a la Unión Democrática—, ver Marcelo Cavarozzi, **Autoritarismo y democracia**, Buenos Aires, Ariel, 2002; Alain Rouquié, **Poder militar y sociedad política en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, Vol. 2; Carlos Altamirano, **Bajo el signo de las masas**, Buenos Aires, 2002.

⁴ Nota editorial «La gran tarea de la hora es derrotar al continuismo», **Nueva Era**, n° 1, 1958, publica los «5 puntos» aprobados por la Convención Nacional del PC, fijando su propuesta posición: 1) Defensa de las riquezas nacionales; 2) Garantías efectivas de los derechos de los trabajadores; 3) Estabilización de los campesinos en la tierra; 4) Establecimiento de los más amplios derechos democráticos; 5) Política exterior independiente.

⁵ Principales partidos y candidatos: UCRP, R. Balbín-S. del Castillo; UCRI, A. Frondizi- A. Gómez; PS, A. Palacios-C. Sánchez Viamonte; P. Demócrata Cristiano, L. Ayarragaray-H. Sueldo; P. Demócrata Progresista, L. Molinas-H. Thedy, **La Nación**, 18/2/1958. Resultados para presidente y vice: UCRI, 4.090.000; UCRP, 2.624.454; DC, 289.245; PS, 262.366, **La Nación**, 19/3/1958.

Por otra parte, hubo 831.658 votos en blanco, adjudicables a peronistas que desobedecieron la indicación de sufragar por Frondizi, Robert Potash, **El Ejército y la política en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1981, vol. I, pp. 358-365. Los votos obtenidos por Frondizi eran la suma de los obtenidos por su partido y los «blancos» en 1957.

⁶ Antes de cumplir un año, el gobierno de Frondizi ya había tomado gran parte de las medidas que, según sus planes, pondrían en marcha la economía argentina; en medio de la agitación social y política que esas medidas generaron, en junio terminó de sellarse su ruptura con el peronismo, cuando el mismo Perón denunció el incumplimiento del pacto que, secretamente, había sido suscripto antes de las elecciones. La reglamentación del art. 28 de la Ley de Educación, que autorizaba la creación de universidades privadas, fue especialmente devastador de la adhesión en sus propias filas. El abandono del «programa progresista» se verificó con los nuevos contratos petroleros y con el conjunto de medidas destinadas a alentar al capital privado y extranjero. Cautela peronista.

⁷ Además del Bloque Nacional y Popular, se creó el Movimiento Nacional y Popular (MNYP), y el grupo liderado por Ismael Viñas, el Movimiento Nacional de Unidad Popular (MNUP), que sostenía una idea «frentista» y como los primeros tendía a coincidir con el PC.

⁸ Inicialmente la huelga petrolera no tuvo el apoyo de la dirigencia peronista a nivel nacional que aún estaba en buenas relaciones con Frondizi a raíz de la reciente sanción de la Ley Asociaciones Profesionales. Luego, cuando Perón ordenó denunciar los contratos petroleros, las «62» convocaron a un paro que finalmente no concretaron, **La Vanguardia**, 4 y 11/11/1958.

⁹ Todas estas medidas formaban parte de los acuerdos por los cuales el país recibiría créditos —oficiales y privados— que serían aplicados, sobre todo, a la explotación de petróleo, carbón y hierro, a la expansión de las industrias química y siderúrgica, y a la fabricación de vehículos y maquinarias; a cambio, el gobierno se comprometía a reducir el gasto público y a eliminar el déficit, cuyas fuentes ubicaba en la «ineficiencia» de las empresas públicas y en los servicios «subsidiados»: desde Ley de Inversiones Extranjeras, que aseguraba condiciones favorables a los capitales de origen externo y la decisión de vender empresas DINIE —que habían sido confiscadas por el gobierno de Perón sobre el fin de la Segunda Guerra Mundial.



ese frigorífico, se desató un conflicto de magnitud inusitada. Los trabajadores, liderados por Sebastián Borro, ocuparon la planta y, después de una desigual batalla, fueron violentamente desalojados por las fuerzas militares y policiales enviadas por el gobierno; al tiempo que el conflicto se propagaba por las calles del barrio porteño de Mataderos,¹⁰ muchos trabajadores eran detenidos y se allanaban los sindicatos dirigidos por peronistas o comunistas. La represión se extendió al PC, cuyos locales —incluida la sede central— y su periódico **La Hora** fueron clausurados, mientras que Radio Rivadavia era sancionada por difundir la palabra de los trabajadores en huelga.

A partir de este episodio, la relación entre el peronismo y Frondizi entró en un acelerado deterioro que culminaría en ruptura cuando, en junio, Perón dio a conocer los términos del «pacto» incumplido. Al mismo tiempo que el peronismo pasaba a la oposición, la tramitación del enfrentamiento con Frondizi ponía en evidencia que dentro del Movimiento existían posiciones no siempre coincidentes: frente a la «línea dura» de las «62» y a dirigentes combativos como Cooke, despuntaban los sectores «integracionistas» y «neoperonistas» dispuestos a la negociación con el gobierno.¹¹

2- En respuesta a la «traición»

El año 1959 marcó el pico más alto de la combatividad obrera: iniciado con los sucesos arriba mencionados, continuó con la ola de grandes huelgas —bancaria y metalúrgica, entre otras— a la cual el gobierno respondió con la suspensión del proceso de normalización sindical y el incremento de la represión, llegando incluso a amenazar con poner en vigencia el Plan Conintes.¹²

En ese contexto, el PC, el peronismo combativo y los grupos disidentes de la UCRI intensificaron sus vínculos, logrando producir dos interesantes experiencias opositoras. A nivel sindical, en junio, se constituyó el Movimiento Obrero Unificado (MOU), y en octubre comenzó a publicarse el semanario **Soluciones. Para los problemas nacionales**, destinado a promover una política frentista

y a impulsar el voto en blanco en las elecciones de renovación parlamentaria que se realizarían el 27 de marzo de 1960.

Además de órgano de denuncia de la proscripción y de la escalada represiva, **Soluciones** oficiaría a lo largo de su trayectoria como vocero del MOU. El Director y principal impulsor del semanario fue Ismael Viñas, quien estaba acompañado por un Consejo de Dirección integrado por Jorge Cooke —en representación de su hermano John W.—, el militante comunista Isidoro Gilbert, el demoprogresista Santiago Barberis y el dirigente cañero Lisandro Caballero. **Soluciones** publicó 28 números, entre el 8 de octubre de 1959 y el 14 de abril de 1960. Según Gilbert, el periódico era financiado por el PC y expresaba la posición aperturista de un sector de la dirigencia partidaria —principalmente Victorio Codovila y Ernesto Giúdice—, quienes consideraban que «habiendo una izquierda peronista» los comunistas debían vincularse con ella.¹³

Del lado de Viñas, la iniciativa formó parte del proceso de ruptura con la UCRI y de su evolución hacia posiciones propias del nacionalismo popular y revolucionario.¹⁴ Por su parte, J. W. Cooke —exiliado en Montevideo—, si bien no tenía demasiado aprecio por los comunistas parece haber considerado que el acuerdo político expresado por **Soluciones** abría una perspectiva conveniente para el peronismo en esa etapa.¹⁵ En tal sentido, en el número 1 de **Soluciones**, junto con el acuerdo programático de los editores, se publicó una nota en la que J. W. Cooke alentaba una perspectiva unitaria y destacaba la necesidad de desterrar «sectarismos» y luchar por la «liberación nacional», comprometiendo no sólo a los trabajadores sino también a «parte de las clases medias y de la burguesía nacional no ligada al imperialismo».¹⁶

Los puntos de coincidencia en los que se sustentaba el semanario apuntaban a la defensa de los intereses nacionales en el ámbito económico, el resguardo de los derechos de los trabajadores, la defensa de las libertades democráticas —derogación de las leyes represivas y fin de las proscripciones—, y la promoción de una política exterior independiente y pacifista.¹⁷ Los contenidos

¹⁰ El gobierno declaró ilegal el paro y ordenó el desalojo de la planta, y ante la irreductible posición de los trabajadores, el ministro de Trabajo Alfredo Allende, decidió que fuerzas policiales y militares iniciaran la represión; en la madrugada del 17 de enero, después de varias horas de asedio, un tanque de guerra derribó el portón e ingresó al Frigorífico, en cuyo interior permanecían cerca de seis mil trabajadores, Ernesto Salas, **La resistencia peronista**, Buenos Aires, Biblos, 2006.

¹¹ Diversos autores atribuyen a Cooke la proclama que acompañó la toma del Frigorífico, y también los vinculan con el posterior episodio de los Uturuncos. Después de los episodios del Frigorífico, desairado por el Consejo Superior y Coordinador el Peronismo, y buscado por la policía se exilió en Montevideo.

¹² El escalonamiento de medidas represivas reconoce los siguientes momentos durante 1958: 1) 11 de noviembre, Decreto 9674, Declaración del Estado de Sitio; 2) 14 de noviembre, Decreto «secreto» 9880, Conmoción Interna del Estado (Conintes), basado en la correspondiente ley sancionada durante el gobierno de Perón; 3) 12 de diciembre, Ley 14774, prórroga sin término de la vigencia del Estado de Sitio. Más adelante, el 13 de marzo de 1960, el Plan Conintes será efectivamente aplicado a través del Decreto 2628; y el 17 de ese mismo mes, el Decreto 2369 declara producida la situación de «emergencia» prevista en la Ley 13234 (organización del Estado en tiempos de Guerra), que extiende la jurisdicción militar a delitos cometidos por civiles, Robert Potash, **El Ejército y la política en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, vol. II, cap. 8; Daniel James, *op. cit.*, cap. 5.

¹³ Estos dirigentes acariciaban la idea de, en un futuro, participar de la construcción de un «partido obrero» unificado; en cambio, otros dirigentes —particularmente en el Comité Capital— eran más bien hostiles a esa idea.

¹⁴ Más adelante, Ismael Viñas y su grupo constituirían el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), mientras que otros disidentes de la UCRI se mantuvieron cercanos al PC y muchas veces integraron agrupaciones —los «partidos amigos»— que permitían a los comunistas contar con un instrumento electoral y sortear su propia proscripción.

¹⁵ Según Isidoro Gilbert (entrevista con la autora, 2001) en la «izquierda peronista» y en la zona de influencia de **Soluciones** se ubicaban dirigentes tales como S. Borro, J. C. Laholaberry, A. Olmos, G. Rearte y el metalúrgico Héctor Tristán; éste, a quien llamaban el «worker», que había desempeñado un papel importante en la «resistencia peronista» y trabajado con la Juventud Peronista, luego sería admirador de la Revolución Cubana y secretario de Cooke. Según el mismo testimonio, entre los dirigentes comunistas de Capital que no simpatizaban con **Soluciones**, se contaban Nadra y Larralde, quienes en muchos casos, reflejaban el malestar que solía vivirse en el ámbito sindical en relación con los peronistas, quienes muchas veces tendían a acordar con Frondizi en desmedro de los comunistas. El entrevistado sostiene que entre el PC y Cooke luego se produjo un distanciamiento, a raíz de las respectivas posiciones sobre la Revolución Cubana. Ver también, Norberto Galasso, *op. cit.*, y **Correspondencia Perón-Cooke**, Buenos Aires, Parlamento, 1984.

¹⁶ **Soluciones**, n° 1, 8/10/1959.

¹⁷ El texto completo decía: a) defensa de nuestra economía (explotación esta-

de ese programa, coincidentes con los del MOU, fueron desarrollados desde diversos ángulos, a lo largo de los 28 números; en cada uno de ellos pueden leerse entrevistas y notas de opinión de dirigentes políticos y sindicales tales como Luciano Molinas (demoprogresistas), Juan Laholaberry y Ricardo Obregón Cano (peronistas), Ramón Alcalde y Lisandro Viale (UCRI disidentes), Alcira de la Peña y Miguel Zárate (comunistas), Alfredo Palacios (socialista argentino), quienes con sus denuncias contribuían a crear un clima deslegitimante hacia las elecciones que se avecinaban.

Según el diagnóstico de **Soluciones**, la situación política nacional podía caracterizarse con sólo dos palabras: «democracia e ilegalidad». Tal fue el título de la nota que encabezó el n° 4 y en la cual se afirma que, a cuatro años de la caída de Perón, la exclusión política y económica de los trabajadores había adquirido «aire de permanencia y de sistema», y que con la proscripción del peronismo y del comunismo se privaba de voz y derechos a la totalidad de una «clase», a la que además, se empujaba a la «ilegalidad».

Soluciones y la experiencia «unitaria» del MOU

En 1959, con la CGT aún intervenida, el mapa político del sindicalismo estaba compuesto por tres agrupaciones principales: las «62 Organizaciones» peronistas, el Movimiento de Unificación y Coordinación Sindical (MUCS) comunista y los «Independientes». Después de los desencuentros producidos durante la larga huelga bancaria, a mediados de 1959, las dos primeras no solo volverían a acercarse sino que además lograrían atraer a los «Independientes», ya definitivamente separados de los «32 Gremios Democráticos». En los «Independientes» militaban sindicatos y dirigentes con apreciable presencia en los gremios de servicios, en muchos casos políticamente ligados o cercanos al Partido Socialista Argentino (PSA) y a la UCRI.¹⁸ El acercamiento, insistentemente busca-

do por el MUCS, se vio facilitado del lado de las «62» por la adopción de una estrategia confrontativa por parte de Perón, quien a partir de la denuncia del «pacto» comenzó a amenazar con el «giro a la izquierda» de su movimiento.¹⁹

La unidad, que en junio ya estaba en vías de alcanzarse,²⁰ llegó de la mano del acuerdo político-sindical sintetizado en el programa conocido como los «13 puntos», cuyas demandas incluían el fin de las proscripciones, el levantamiento del Estado de Sitio y el fin de la desnacionalización de la economía, la implementación de una política de reforma agraria y la devolución de la CGT a los trabajadores. El acuerdo incluía que la conducción del MOU fuera ejercida de manera paritaria por una «Mesa de Dirección» integrada por dos representantes por cada una de las tres agrupaciones político-sindicales —«62», MUCS e «Independientes». El MOU celebró su Primer Plenario el 6 de noviembre de 1959, con Álvaro Alsogaray en el Ministerio de Economía y en pleno período represivo: al comenzar las sesiones, la «Mesa de Enlace» proclamó que la Presidencia Honoraria del cónclave correspondía a «los 121 presos y confinados» por obra del gobierno represor.²¹

Desde el momento mismo en que comenzó a ser editado, **Soluciones** operó como amplificador tanto de las actividades del MOU como de las de cada una de las agrupaciones que lo integraban. En tal sentido, comentando el plenario realizado por las «62» en Rosario, el semanario destacaba con particular énfasis las palabras de los dirigentes que explícitamente reafirmaban los acuerdos alcanzados: las de Amado Olmos calificando al peronismo y al comunismo como «partidos populares» —en tanto ambos tenían «bases obreras»—; las de Eleuterio Cardozo reivindicando enfáticamente el derecho de los trabajadores a intervenir en política; y la vibrante convocatoria lanzada por Augusto T. Vandor llamando a organizar la «resistencia civil» para lograr la libertad de los presos políticos y gremiales.²² Sobre el fondo de esas declaraciones, **Soluciones** cerraba la nota atacando dura-

tal de las principales riquezas, desconocimiento de los contratos petroleros y de electricidad, contra el gran latifundio, rechazo del Plan del FMI y diversificación del comercio exterior, reforma agraria que apunte la industrialización, control estatal del comercio exterior y comercio con todos los países; b) defensa de los intereses de los trabajadores y el pueblo: respeto a las conquistas, medidas de emergencia contra la carestía, reconocimiento de la voluntad obrera en los sindicatos y en la central única, derecho de huelga; c) defensa de las libertades democráticas: derogación de leyes represivas, legalidad a todos los partidos políticos, campañas por libertad de expresión, de los presos, levantamiento del Estado de Sitio, democratización del aparato de represión del Estado, retorno de las FFAA a su misión específica, supresión de las secciones política y especial de la policía; d) defensa de la cultura nacional: defensa de la conciencia nacional contra la penetración imperialista corrosiva y deformante (y sigue sobre educación, universidad y laicismo); e) política exterior independiente y pacifista (denuncia de pactos militares, anular bases extranjeras, contra ramas nucleares y solidaridad con pueblos coloniales), **Soluciones**, n° 1, 8/10/59.

¹⁸ Por entonces, en las «62» existía una «línea dura», en la que militaban hombres como S. Borro y A. Olmos; un corriente de «centro», a la cual pertenecían Augusto T. Vandor y Andrés Framini, además de un sector «integracionista», cuyos nombres más relevantes eran los de Pedro Gorniz y José Carulias (poco más adelante, expulsados de las «62»). Entre los «Independientes», se contaban los gremios de bancarios, seguros, mercantiles de la Capital, ferroviarios, lucifuercistas, y entre sus dirigentes más conocidos A. Grano y Alfredo March. El MUCS dirigía algunos sindicatos tales como químicos, prensa, madereros y gastronómicos; entre sus dirigentes se destacaban P. Chiarante y M. Zárate, entre otros.

¹⁹ La huelga bancaria, desarrollada entre abril y junio, contó con una gran presencia del MUCS y con el retaceado apoyo de las «62». La huelga fue quebrada por la «movilización militar», y dejó como saldo unos 5000 cesantes, Omar Acha, **Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi (1945-1962)**, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2008, pp. 222-224.

²⁰ **La Vanguardia**, 23/6/1959. **La Vanguardia** por entonces expresaba al Partido Socialista Argentino (PSA): sus dirigentes sindicales militaban en los «independientes». El PSA desde julio de 1958 se había separado del PS Democrático, orientado por A. Ghioldi: seguía fiel a la «Revolución Libertadora» y sus gremialistas formaban parte de los «32 Gremios Democráticos» ó «Democráticos gorilas», María C. Tortti, **El «viejo» Partido Socialista y los orígenes de la «nueva» izquierda**, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

²¹ **Soluciones**, n° 6, 12/11/1959 y **Nuestra Palabra**, 26/1/1960 (**Nuestra Palabra** era el periódico del PC). La «Mesa de Enlace» del 1° Plenario del MOU estaba integrada por: Castillo (vidrio), Jonsch (telefónicos), García (caucho), Cabrera (aeronáuticos), Zárate (construcción), Ruza (radiotelegrafistas) y Grano (comercio). La Mesa del Plenario, durante las deliberaciones estaba compuesta por Donaire (CGT Avellaneda), Luján (CGT de Córdoba) y los delegados metalúrgicos y textiles por su participación en la última huelga. Entre quienes hicieron llegar adhesiones figuran la Federación Universitaria Argentina, Familiares de Detenidos, Presos de Caseros y Familiares de Sebastián Borro (que estaba prófugo).

²² **Soluciones**, n° 18, 4/2/1960. La Mesa Directiva de las «62» estaba integrada por Augusto T. Vandor, Andrés Framini, Juan Carlos Laholaberry, Eleuterio Cardozo, Pedro Martínez, Amado Olmos, Jorge Di Pasquale, Sebastián Borro, Orfelio Andrade, Miguel Gazzera, Juan Jonsch, M. Castillo, Rosendo García, Juan Racchini, A. Porciones, H. Bustamante, **Soluciones**, n° 12, 24/12/1959.

mente a la «nueva horneada de traidores», es decir a los dirigentes que no se integraban al MOU, buscando debilitarlo y posibilitar la existencia de una CGT «dócil» a los dictados de Frondizi y de Frigerio.²³

Ante la inminencia de las elecciones de renovación parlamentaria, además de las declaraciones contra la carestía y la difusión de su programa de «13 puntos», el MOU fue dando centralidad a la cuestión político-electoral. En tal sentido, y de manera simultánea, dio a conocer el «Memorial de los Trabajadores al Poder Ejecutivo» y organizó una concentración en apoyo al voto en blanco; el Memorial, con las firmas de Augusto T. Vandor, Antonio Cabrera y Horacio Soto, reclamaba el fin de los despidos, la reincorporación de los cesantes, el cese de las intervenciones sindicales —en construcción, carne, vestido, bancarios y seguros—, la devolución de la CGT a los trabajadores y la libertad de los presos. El gobierno, por su parte, además de desconocer los reclamos del Memorial, prohibió el acto que se proyectaba realizar en Plaza Once, ciudad de Buenos Aires.²⁴

Soluciones y la denuncia de la represión estatal

Desde el primero hasta el último de sus números el semanario desarrolló una intensa campaña de denuncia de las medidas de excepción habilitadas por la vigencia del Estado de Sitio y el Plan Conintes. En virtud de dichas medidas, el Poder Ejecutivo encuadraba las causas en figuras tales como «participación en actos de terrorismo», aun en aquellos casos en que la acusación remitía exclusivamente a la pertenencia a organismos políticos y sindicales proscriptos o intervenidos: al aplicarse la figura de «subversión», los detenidos tenían negado el recurso a la justicia ordinaria y eran colocados bajo jurisdicción de los tribunales militares. Al respecto, **Soluciones** publicó una serie de entrevistas a dirigentes y personalidades provenientes del ancho arco del «antifronquizismo», quienes además de condenar al Poder Ejecutivo, llamaron la atención sobre la complicidad del sistema político en su conjunto. En una de ellas, Fernando Torres —abogado de la UOM—, señalaba la co-responsabilidad del Parlamento en el mantenimiento de leyes violatorias del estado de derecho; en otra, Lisandro Viale —diputado provincial por la UCRI en Santa Fe— destacaba la contradicción implicada en la aplicación de las leyes de excepción y la justicia militar a los trabajadores, mientras que los militares —que efectivamente se «sublevaban» contra el gobierno— no eran molestados por ningún tribunal.²⁵

De manera regular, **Soluciones** publicaba llamativos recuadros

con los nombres de los detenidos, su ubicación en diversos penales del país y la nómina de quienes eran sometidos a repentinos traslados. En el mes de noviembre de 1959 informaba sobre la existencia de «121 presos y confinados» entre los que figuraban los peronistas Lorenzo Miguel, Oscar Bidegain, Andrés Framini y Juan Racchini, y los comunistas Rubens Iscaro, Pedro Chiarante, Miguel Zárate y Rodolfo Aráoz Alfaro —apoderado legal del PC.²⁶ Muchas veces, esas notas iban acompañadas por denuncias sobre torturas y detenidos que «desaparecen por varios meses»,²⁷ así como por cartas remitidas por presos o por dirigentes que se encontraban en la clandestinidad: tal el caso de Sebastián Borro, quien aún en condición de «prófugo» seguía participando en actividades político-sindicales y hacía oír su voz rechazando las acusaciones que lo vinculaban con «actos terroristas».²⁸

También a través de **Soluciones** es posible conocer la existencia de la Comisión Jurídica del MOU, creada para atender a los detenidos y también para defender los «fueros profesionales» de los abogados defensores, frecuentemente violentados por las autoridades. La Mesa Directiva de la Comisión estaba integrada por Fernando Torres (UOM), Carlos Monroy (CGT Avellaneda), David Tieffenberg (Empleados de Comercio), Luis Cerrutti Costa (telegrafistas y radiotelegrafistas), Alfonso Nasiff (aeronáuticos) y Mauricio Birgio (construcción). A la vez, tanto esta Comisión como la más antigua Liga Argentina por los Derechos del Hombre —ligada al PC—, propiciaban la formación de «comisiones de familiares» y auspiciaban a las que con el mismo fin surgían en el ámbito de la Federación Universitaria Argentina (FUA).²⁹

La campaña contra la represión se completaba con movilizaciones callejeras —como la producida durante la visita del Presidente nor-

²³ **Soluciones** n° 25, 24/3/1960. La «nueva horneada» vendría a reemplazar a los «viejos traidores» de los «32», a los que consideran en decadencia.

²⁴ **Soluciones** n° 10, 10/12/1959; n° 16, 21/1/1960; n° 23, 10/3/1960.

²⁵ **Soluciones** n° 5, 5/11/1959 y n° 6, 12/11/1959. Probablemente algunas de las acusaciones se refirieran a atentados producidos por los «comandos», por ejemplo el denominado «Comando Insurrección» al que pertenecían entre otros Gustavo y Alberto Rearte, Norma Kennedy, Rulli, Spina y Felipe Vallese. Por entonces, A. Rearte era buscado por la policía y su hermano Gustavo, detenido desde marzo, ver también **Soluciones** n° 4, 29/10/1959; n° 9, 3/12/1959; n° 24, 17/3/1960. Entre los dirigentes que se pronunciaron: los del PDP y del PSA.

²⁶ **Soluciones**, n° 6, 12/11/59, Entre los confinados en el sur o en Caseros: los comunistas Iscaro, Chiarante y Troissi; en cuanto a la ubicación: 4 de Esquel; 7 en Mercedes; 1 en el Correccional de Mujeres Humberto I; 3 en el Departamento Central de Policía; 2 en Villa Devoto; 1 en la Comisaría 6ª. **Soluciones**, n° 9, 3/12/1959 proporciona la siguiente nómina de detenidos: Caseros, 38; Viedma, 22; Santa Rosa, 5; Esquel, 4; Mercedes, 7; Correccional de Mujeres Humberto I, 1; Departamento Central de Policía, 3; Villa Devoto, 2; Comisaría 6ª, 1. Otros recuadros y notas sobre el tema: **Soluciones** n° 2, 15/10/1959; n° 4, 29/10/1959; n° 17, 28/1/1960; n° 18, 4/2/1960; n° 20, 18/2/1960; n° 27, 7/4/1960.

²⁷ **Soluciones**, n° 28, 14/4/1960, reproduce informes médicos que hablan de golpes y torturas, de traslados sorpresivos y de detenidos que «desaparecen» por varios meses. No se trata sólo de peronistas y comunistas, sino también de socialistas como Manuel Dobarro, detenido en Resistencia, Chaco, por hablar contra el Conintes en un acto público (Dobarro fue liberado, aunque más adelante volvió a la situación de «buscado»), y de otros dirigentes que sufrieron intimidaciones, como fue el caso del radical del pueblo Santiago del Castillo, cuyo domicilio fue allanado por la policía.

²⁸ **Soluciones**, n° 13, 31/12. Borro afirmaba que ni él ni la Comisión Directiva de su gremio propiciaban «atentados». En relación con la persecución a Borro fue detenido su hermano José; lo mismo ocurrió con Floreal Chiarante, hijo del dirigente comunista buscado, **Soluciones**, n° 5, 5/11/1959. Otras cartas: la remitida por Aráoz Alfaro, desde Villa Devoto, **Soluciones** n° 3, 22/10/1959; la de los presos de Viedma, sin procesos ni causa abierta, **Soluciones**, n° 9, 3/12/59; la de los de Caseros, **Soluciones** n° 28, 14/4/1960 denunciando torturas en Coordinación Federal, firmada entre otros por José Pracánico, José Borro, Rubens Iscaro, José Zárate, Jerónimo Izzetta.

²⁹ **Soluciones**, n° 6, 12/11/59.

³⁰ **Soluciones**, n° 22, 3/3/1960, denuncia que el preso político es tratado como «rehén» y convoca a formar comisiones de defensa y solidaridad. Además, se informa que durante los desórdenes producidos por la visita de Eisenhower hubo entre 15 y 20 estudiantes detenidos, y otros 50 el día en que el presidente norteamericano «fue paseado» por el centro de la ciudad.

teamericano D. Eisenhower—³⁰, conferencias de prensa y grandes actos públicos. Uno de ellos, destinado a reunir fondos para los familiares de los metalúrgicos detenidos, fue organizado por la UOM en el Luna Park y consistió en un «Festival Artístico Danzante» en el que actuaron figuras tan consagradas y populares como Tita Merello, Hugo del Carril, Aníbal Troilo, Edmundo Rivero, Argentino Ledesma y Alfredo Barbieri.³¹ En éste como en otros casos, los anuncios de **Soluciones** anudaban la solidaridad, la denuncia y el reclamo por la vigencia del estado de derecho con la campaña por el voto en blanco en las elecciones que se avecinaban.

3- La estrategia electoral de Frondizi

Tal como lo ha mostrado Catalina Smulovitz (1990), la estrategia de Frondizi apuntaba al doble objetivo de incluir al electorado peronista en el juego político legal y, a la vez, evitar que como fuerza política autónoma ganara elecciones, lo cual en caso de ocurrir, podría desatar la reacción de las Fuerzas Armadas (FFAA) contra su gobierno.³² Confiaba en que produciendo rápidos resultados económicos y haciendo ciertas concesiones al sindicalismo peronista, en esta primera etapa le sería posible retener una parte sustancial de los votos logrados en 1958, y así fortalecer a su propio partido. Para una segunda etapa proyectaba autorizar la concurrencia del peronismo, con la esperanza de que la UCRI pudiera vencerlo en las urnas.

Atendiendo al hecho de que, en condiciones de proscripción, la dirección política de los trabajadores era la ejercida por los dirigentes sindicales, Frondizi apuntaba en primer lugar a la consolidación de un sector «moderado» en el sindicalismo, y en el plano estrictamente político-electoral, a la existencia de variados «neo-peronismos» que, al igual que los dirigentes sindicales «integracionistas» expresaban, si no una comunidad de objetivos con su gobierno, al menos una voluntad de entendimiento con él.³³ En 1959, en las condiciones del «juego imposible»³⁴ —cuya regla de oro era evitar el regreso del peronismo al poder—, el Presidente ya había decidido «escalonar» las elecciones, comenzando por los distritos que eran más favorables a su partido.

Pero la UCRI no era el único partido que esperaba captar el voto peronista: también la izquierda alimentaba expectativas respecto del «electorado vacante»: tanto el PC como Partido Socialista

Argentino (PSA)³⁵ esperaban «canalizar» a ese electorado o, eventualmente, «confluir» con él. En abril de 1959, los resultados de las primeras compulsas electorales —de carácter provincial y municipal— realizadas en San Luis, Catamarca, Corrientes y Mendoza trajeron algunas novedades en este sentido. En el caso de Mendoza, junto con la derrota de la UCRI —a manos del Partido Demócrata— se observaba cierta disminución del voto en blanco que, presumiblemente, había favorecido a la izquierda —en particular al PC.³⁶

Desde entonces, por cierto tiempo, y pese a ese moderado crecimiento de la izquierda, diarios y revistas políticas comenzaron a hablar, con alarma, de un posible encauzamiento del voto peronista por parte de la izquierda.³⁷ Por su parte, y apelando a estrategias diversas, el PC y el PSA redoblaban sus esfuerzos para que el vaticinio se convirtiera en realidad. Los socialistas argentinos —recientemente separados del «ghiolismo»— ofreciendo a su partido como «canal legal» para la expresión político-electoral de los «trabajadores proscriptos», y los comunistas, intensificando sus esfuerzos por concretar «acciones unitarias» entre los «proscritos peronistas y comunistas».³⁸

4- Soluciones lanza el «Frente Blanco»

Fue en ese contexto, y mientras Perón amenazaba al gobierno con la temida alianza entre su movimiento y la izquierda, que tomó cuerpo el proyecto de **Soluciones** para promover el voto en blanco en las elecciones del 27 de marzo de 1960. El PC apostaba a dar continuidad política a los acuerdos logrados en el MOU y a no dejar pasar la oportunidad de ligarse con el peronismo: la opción por el «blanco» —ya perfilada en el peronismo— era doblemente ventajosa para él en tanto le permitiría acompañar electoralmente a los trabajadores y a la vez incluirse en la polí-

plejas causas de esa división, la posición a sumir sobre el gobierno de la «Revolución Libertadora» ocupó un lugar central. En el PSD, liderado por Américo Ghioldi, permanecieron quienes apoyaban al gobierno militar y su política «desperonizadora» —cuyo reflejo a nivel gremial eran los llamados «32 Gremios Democráticos». En el PSA militaban dirigentes tales como Alfredo Palacios, Alicia Moreau, Carlos Sánchez Viamonte y José L. Romero, y la izquierdizada Juventud Socialista (Alexis Latendorf, Enrique Hidalgo, Pablo Giussani y Ricardo Monner Sans, entre otros); el PSA comenzó a desarrollar una política opositora al gobierno de Aramburu, y lo mismo hizo luego con Frondizi; sus dirigentes gremiales, por lo general, se ubicaron entre los «Independientes», María C. Tortti, *op. cit.*

³⁶ En el caso del PSA el incremento consistió en la duplicación de sus votantes (de los 8836 que el PS aún unificado había logrado en 1957, se pasó a 20.824); localmente concentrado en Godoy Cruz, permitió que su candidato R. Dellasanta alcanzara la intendencia del Departamento. En cambio el PC pasó de 15.973 a 33.300. El voto en blanco se redujo de 93.071 a 70.025, **La Nación**, 28/4/1959.

³⁷ Por su parte, el Arzobispo de La Plata, Mons. A. J. Plaza, en una «pastoral» advertía sobre la «infiltración comunista» en las universidades y en el movimiento obrero, **La Nación** 4/4/1959. A raíz de estos resultados y de los recientes episodios del Frigorífico Lisandro de la Torre, fueron prohibidas las actividades del PC (Decreto 4965 del 27/4/1959), y luego el Decreto del 22/9/1959 le retiró la personería electoral, **Nueva Era**, noviembre de 1959.

³⁸ **Nuestra Palabra** 8 y 11/3/1960, informa sobre la constitución de dichos comités en empresas y barrios, conformados por comunistas y peronistas.

³⁹ La situación del PSA era otra: siendo un partido legal aunque de escasas fuerzas, decidió «concurrir» ofreciéndose como «canal legal» para los trabajadores proscriptos —es decir, peronistas y comunistas—, llevando como programa los «13 puntos del MOU», M. C. Tortti, *op. cit.*

³¹ **Soluciones**, n° 6, 12/11/1959.

³² Catalina Smulovitz, «En búsqueda de la fórmula perdida», Buenos Aires, **Documentos CEDES**, 1990.

³³ En la práctica, el «integracionismo» y los «neoperonismos» tendían a aceptar la proscripción de Perón, ya que oponerse podía implicar que ellos mismos fueran proscriptos. En realidad, desde 1955 habían existido formaciones «neoperonistas»: la Unión Popular, dirigida por A. Bramuglia —que en 1957 obtuvo reconocimiento legal para la elección de constituyentes, y en 1958 volvió a concurrir. También desde 1957 el Partido Populista, liderado por L. Saadi, tenía reconocimiento legal, María F. Arias y Raúl García Eras, «Carisma disperso y rebelión: los partidos neoperonistas», Samuel Amaral, **Perón: del exilio al poder**, Buenos Aires, Cántaro, 1993; Marcelo Cavarozzi, *op. cit.*

³⁴ Guillermo O' Donnell, **Modernización y autoritarismo**, Buenos Aires, Paidós, 1972.

³⁵ En julio de 1958, el viejo PS se había fracturado, dando lugar a dos nuevos partidos: el PS Argentino (PSA) y el PS Democrático (PSD). Entre las com-



ticamente visible masa del voto en blanco.³⁹ En cuanto al grupo de Ismael Viñas, la opción pública por el «blanco» contribuiría a dar visibilidad a los conflictos internos de la UCRI y señalaría un camino al resto de los frondistas «decepcionados».

El primer anuncio oficial respecto de que la continuidad de la proscripción sería contestada por el voto en blanco provino del Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo, y fue publicada en el número 4 de **Soluciones**. Poco más adelante, se pronunciarían en el mismo sentido la Convención Nacional del PC y las «62 Organizaciones», durante un Plenario celebrado en Rosario.⁴⁰

Como parte de la estrategia opositora, desde el semanario se procuraba atraer al acuerdo a aquellas fuerzas políticas que, aunque se pronunciaban en contra de las proscripciones, eran ambiguas respecto de la posición que asumirían el 27 de marzo: además del PDP —uno de cuyos hombres llegó a integrar el Comité de Redacción de **Soluciones**—, el llamado iba dirigido al PSA y también a la corriente liderada por Santiago del Castillo dentro de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).⁴¹ Desde el punto de vista de **Soluciones**, era imprescindible que dichos partidos se pronunciaran claramente y evitaran hacer el juego al gobierno presentándose a unas elecciones fraudulentas con la vana esperanza de promover cambios desde las bancas que esperaban obtener. En un mensaje claramente dirigido a los socialistas argentinos, a los sectores juveniles de la Democracia Progresista, a los disconformes de la UCRI, y también a los radicales «del pueblo», **Soluciones** consideraba que la única postura correcta era la de sumarse a la «desobediencia comicial» y a la «huelga de boletas», luchando por la plena vigencia de la «legalidad».⁴² Por esta razón, a principios de marzo de 1960 el quincenario saludará la decisión de Alfredo Palacios, quien acababa de renunciar a su candidatura en el PSA denunciando las condiciones de ilegalidad en que se desenvolverían los comicios: sin embargo, desde **Soluciones** se hacía notar que el hecho quedaría circunscripto al «nivel personal» ya que su abstención no había logrado involucrar a su partido.⁴³

⁴⁰ **Soluciones**, n° 4, 29/10/1959; n° 18, 4/2/1960; n° 21, 25/2/1960. En **Nuestra Palabra**, 1/3/1960, el PC dedica un extenso artículo destinado a promover las «acciones unitarias» y «comités de lucha» para el voto en blanco entre comunistas, peronistas y «otros sectores del pueblo». Otra de sus publicaciones, **Nueva Era**, n° 3, abril de 1960, contiene el «Llamamiento del CC del Partido Comunista a la clase obrera y al pueblo argentino para que voten en blanco el 27 de marzo y luchen por la anulación de las elecciones fraudulentas y por la realización de elecciones verdaderamente democráticas»; el «Llamamiento» afirmaba que la vigencia del Plan Conintes y la proscripción del peronismo y del comunismo constituían «un golpe de estado militar palaciego de carácter preventivo, primer paso hacia el establecimiento de una dictadura militar o cívico-militar abierta».

⁴¹ **Soluciones**, n° 9, 3/12/1959; n° 20, 18/2/1960; n° 21, 25/2/1960; n° 24, 17/3/1960.

⁴² **Soluciones**, n° 5, 5/1/1959; n° 6, 12/1/1959. En el número 6, el PC se defiende de quienes desde el gobierno lo acusan de «insurreccional», afirmando su posición «legalista». Según I. Gilbert (entrevista citada), las presiones para propagandizar y/o impulsar «acciones insurreccionales» más bien provenían de J. W. Cooke, y sobre todo de Alicia Eguren.

⁴³ **Soluciones**, n° 24, 17/3/60; n° 25, 24/3/1960. Palacios había expresado: «Es el estado de guerra, es la dictadura, no es posible presentarse en esas condiciones». Sobre la renuncia de Palacios, ver también **La Razón**, 16/3/1960 y **La Nación**, 16, 17 y 20/3/1960. La prensa insinúa que, en realidad, la renuncia de Palacios se habría debido a que el candidato se sintió incómodo con la campaña izquierdizada desarrollada por la Juventud Socialista —campaña que «habría disgustado a importantes dirigentes».

En relación con los sectores medios, el semanario puso especial atención en el movimiento universitario, no sólo acompañándolo en su oposición a las recientes medidas del gobierno, sino también oficiando de vocero de las declaraciones con las que la FUA (Federación Universitaria Argentina) que, en plan de redefinir el vínculo entre estudiantes y trabajadores, acababa de adherir al programa de los «13 puntos» del MOU.⁴⁴ Respecto del mundo sindical, **Soluciones** redobla su crítica a aquellos dirigentes peronistas o «independientes» que, a su juicio, estrechaban lazos con el frondismo, apartándose de la línea «unitaria» trazada por el MOU y debilitando al «Frente blanco».⁴⁵

Si bien la lucha por la «plena legalidad» y el fin de las proscripciones constituía el fin inmediato del «Frente Blanco», su valor estratégico radicaba en ser la base de un futuro «frente de liberación». Aunque las características y alcances de dicho «frente» nunca fueron objeto de una discusión abierta en **Soluciones**, en diversas notas se dejan ver diferencias nada desdeñables entre quienes lo propulaban. En una columna de opinión, J. W. Cooke sostenía que al «frente» se integrarían el peronismo y «muchos de los que aún permanecen en los partidos que hoy son parte del oprobio», pero se diferenciaba del PC cuando agregaba que en dicho «frente» caducarían las estructuras políticas pre-existentes y que las «divisiones artificiales» desaparecerían.⁴⁶ En cambio, los comunistas estaban lejos de imaginar algún tipo de «fusión» de las «fuerzas populares» y, menos aún, de compartir estilos de conducción de corte «movimentista»: para ellos, en el frente, cada clase estaría representada por su/s partido/s y cada fuerza política mantendría sus rasgos ideológicos, sus objetivos de largo plazo y su autonomía organizativa.⁴⁷

Sin adentrarse en la discusión de esas diferencias, a medida que se acercaba la fecha de los comicios, **Soluciones** fue endureciendo su discurso sobre el gobierno y la presión sobre los partidos que no se pronunciaban por la oposición frontal. Desde su punto de vista, dichos partidos no comprendían que Frondizi, al someter al país a las leyes del «estado de guerra interna», hacía del poder civil en una mera «ficción» al servicio del «verdadero gobierno», el ejercido por las FFAA. En ese tono se expresaron muchos de los entrevistados por el semanario: el peronista Amado Olmos llamó a repudiar en bloque a la UCRI y a todos los partidos que no se sumaran al «revolucionario» voto en blanco; Vicente Marischi, dirigente sindical comunista, exigía el fin del Estado de Sitio y de las proscripciones y la convocatoria a elecciones constituyentes que permitieran formar un gobierno «de amplia coali-

⁴⁴ **Soluciones** n° 3, 22/10/1959; n° 6, 12/11/1959; n° 22, 3/3/1960; n° 25, 24/3/1960.

⁴⁵ Los dirigentes mencionados son P. Gomiz, E. Cardozo, J. Carulias, quienes finalmente fueron expulsados de las «62». Carulias, dirigentes de la UTA, fue expulsado de las «62» en el plenario realizado en Rosario entre el 18 y el 20 de diciembre de 1959; en la ocasión, Vandor hizo un combativo discurso contra el «integracionismo», exclamando en uno de sus pasajes «¡Guay, de quienes abandonen 'la posición de la resistencia'!». Algo similar ocurre con quienes se separan del MUCS, por caso los mercantiles de A. March, y también con dirigentes «divisionistas» que como los de los gremios ferroviarios, se mantienen fuera del MOU, **Soluciones**, n° 12, 24/12/1959; n° 13, 31/12/1959; n° 14, 7/1/1959; n° 18, 4/2/1960.

⁴⁶ **Soluciones**, n° 6, 12/11/1959.

⁴⁷ **Soluciones**, n° 24, 17/3/1960.

ción democrática». ⁴⁸ En el caso de Marischi puede advertirse que, aunque se señalan «errores» y «vacilaciones», las fuerzas concurrencistas no son condenadas en bloque sino que más bien se apunta a ganarlas para una futura acción común. ⁴⁹

En medio de tan virulenta campaña opositora no deja de resultar llamativo que recién en vísperas de las elecciones **Soluciones** publicara un artículo de tono autocrítico; por primera vez, quienes habían contribuido a llevar a Frondizi a la Presidencia de la Nación, asumían sus responsabilidades. Con un lenguaje muy cercano al del PC, se asumía el «error» de no haber construido, en 1958, una «coincidencia organizativa» capaz de «controlar» a los triunfadores del 23 de Febrero. El primer freno al gobierno no se lo habían puesto esas fuerzas políticas sino la resistencia popular durante el conflicto universitario y la huelga del «Lisandro de la Torre»: las «coincidencias» políticas recién habían comenzado a fructificar a mediados de 1959 con la constitución del MOU y del «Frente Blanco». Ante este crecimiento de la «unidad popular», el gobierno empeñaba todas sus fuerzas no sólo en dividir al peronismo —alentando a los «neoperonismos»— sino también intentando debilitar sus lazos con los comunistas —tentando de mil maneras a algunos de sus dirigentes.⁵⁰

Los resultados electorales

Una vez realizadas las elecciones y conocidos los resultados se comprobó que el 27 de marzo un cuarto del electorado había votado en blanco (24,7%); si bien la UCRP resultó ganadora —con cerca del 24,3 %—, el dato relevante pasaba por la derrota del partido de gobierno —la UCRI, que apenas se acercó al 21% de los votos.⁵¹ A la hora de interpretar las cifras, el gobierno enfatizaba que el «blanco» había sido derrotado porque la mayor parte de la población había votado positivo; **Soluciones**, por su parte, ofrecía una interpretación inversa: el electorado se había dividido entre un tercio que apoyaba al gobierno y dos tercios que lo repudiaban. Entre estos últimos ubicaba en primer lugar al «Frente Blanco»,

⁴⁸ *Ídem*.

⁴⁹ Ésta sería una diferencia que con el tiempo se ahondaría entre los animadores de **Soluciones**: el rol otorgado a la lucha democrática y legal y el papel de «los radicalismos» en el futuro frente. Para el peronismo de izquierda, la izquierda socialista y el MLN el eje central del frente debería pasar por el peronismo, dejando sólo un espacio secundario para «los radicalismos».

⁵⁰ **Soluciones**, n° 25, 24/3/1960. Esta autocrítica recoge mucho de la posición del PC, ver **Nuestra Palabra**, 1/3/1960.

⁵¹ **Nueva Era**, n° 3, abril de 1960, publicados siguientes resultados electorales:

- votos en blanco: 2.080.000
- UCRP: 2.058.000
- UCRI: 1.731.000
- Abstendidos: 765.000
- Conservadores: 750.000
- Socialistas, las dos tendencias: 693.000
- Demócratas Progresistas: 235.000
- Demócratas Cristianos: 344.000
- Otros partidos: 524.000

La revista agrupa los votos según la división «votos por el Plan del FMI» (los de la UCRI y los Conservadores), y «votos contra el Plan del FMI» (todos los demás), de donde deduce el carácter «progresista» de la mayor parte del electorado. Se estima que el voto en blanco obtuvo aproximadamente un punto más que en 1957 debido al apoyo del PC, María F. Arias y Raúl García Eras, *op. cit.*

y luego a los «los partidos liberales de oposición» (UCRP y Partido Socialista Democrático) y al conjunto integrado por el Partido Socialista Argentino, los pequeños «partidos proletarizantes» o neoperonistas —como el Partido Obrero o el Partido Laborista—, y a los «fluctuantes» como el Demócrata Progresista.

El «blanquismo» —los «votos populares»— contendría el voto masivo de la clase obrera y de la pequeña burguesía «progresista» —particularmente sus capas intelectuales— de las «zonas dinámicas» del país tales como el Gran Buenos Aires, Rosario y Córdoba. En el caso del Gran Buenos Aires, el análisis de **Soluciones** mostraba que el «blanco» se había impuesto en doce distritos —General Sarmiento, Merlo, Esteban Echeverría, Lanús, Avellaneda, Morón, San Martín, San Isidro, La Matanza, Lomas de Zamora, Almirante Brown, Florencio Varela y Quilmes—, mientras que la UCRP lo había hecho en Tigre, Moreno y Vicente López. En cuanto a la Capital Federal, sobre un croquis que identificaba las secciones electorales, sugería un «corte social» entre los distritos en los que había predominado la UCRP y aquellos en los cuales lo había hecho el «blanco». ⁵²

Respecto de los radicalismos, el semanario anota que mientras la UCRP «vive su euforia», en la UCRI algunos —como Héctor Gómez Machado— presagiaban que habiendo pasado ya la parte más dura del plan económico del gobierno, el partido «arrasaría» en los próximos turnos electorales. Por otra parte, según **Soluciones**, del lado de las FFAA, algunos generales estarían soñando con «la unidad de los radicalismos» como única forma de vencer al peronismo y de evitar su confluencia con la izquierda. ⁵³

Pese a festejar como un triunfo los resultados del 27 de marzo, **Soluciones** deja entrever cierta decepción con el caudal obtenido por el voto en blanco: «hay que decirlo claramente, fueron menos de los que pudieron ser». ⁵⁴ Es que al comparar estos porcentajes con los de 1957, se observaba que el «blanco» se había mantenido en un nivel similar, y que los votos perdidos por la UCRI habían sido ganados por «el otro radicalismo». Suponiendo el «origen popular» de esos votos, la crítica apuntó hacia los «dirigentes incapaces, dudosos o deshonestos», a los «que se dicen peronistas» pero entraron en arreglos con el gobierno y restaron fuerza al «Frente Blanco». ⁵⁵

5- Hacia el fin de Soluciones

En ese contexto, y pese a haberse logrado el objetivo de golpear al gobierno con el voto en blanco, en el ámbito de **Soluciones**

⁵² El «blanco» corresponde a las secciones 1, 15, 16, 2, 3 y 4, lindantes con partidos del conurbano de la zona sur y oeste, **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960.

⁵³ **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960. Los generales mencionados son Labayrú y Osorio Arana.

⁵⁴ **Soluciones**, n° 26, 31/3/1960.

⁵⁵ **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960. En la nota editorial «El balance de los resultados de las elecciones del 27 de marzo», y en F. Nadra, «La lucha electoral bajo el Plan Conintes», **Nueva Era** n° 3, abril de 1960, el PC utilizaba la expresión «dirigencias vacilantes» para aludir a los líderes sindicales y políticos peronistas que, en lugar de enfrentar decididamente la política proscripiva, negociaban con el gobierno, actuaban como instrumentos del «integracionismo» y desviaban a los obreros de «sus objetivos de clase».

no se logró afianzar la unidad sino que, por el contrario, se profundizaron las diferencias. Al respecto, el periódico ya se había mostrado crítico con los dirigentes que, de manera inconsulta, lanzaban iniciativas que por su carácter unilateral erosionaban los acuerdos alcanzados en el MOU. En tal sentido, el quincenario había reaccionado ante las palabras de Vandor, quien en abril de 1960, desde el plenario de las «62» y sin consulta con sus aliados del MOU, había afirmado que «el movimiento obrero» respondería a la política gubernamental instrumentando desde «paros parciales hasta huelga general».⁵⁶ Dentro de la misma perspectiva, y casi como anuncio de la inminente disolución del MOU, el último número de **Soluciones**⁵⁷ tituló con frases tales como «Dividir para reinar» o «Que nada rompa la unidad»; en este caso, y ya sin medias palabras, se afirma que el gobierno —a través de Rogelio Frigerio— estaría tentado a «algunos dirigentes peronistas» con la promesa de regresar al «programa del 23 de febrero» para así provocar mayor división dentro del peronismo, y dispersión en el «Frente Blanco». **Soluciones** advierte algo de esa maniobra en una reciente propuesta de las «62» destinada a modificar la composición de la Mesa Directiva del MOU, sustituyendo la «actual representación paritaria» de las agrupaciones integrantes —«62», MUCS e Independientes— por una «Mesa Coordinadora» elegida por voto directo de los sindicatos. De esa manera, las «62» se asegurarían la mayoría y podrían subordinar —o prescindir— de sus aliados no peronistas, en particular de los comunistas del MUCS.

En realidad, ya desde los tres últimos números era notoria la ausencia del MOU en las páginas del periódico. En su lugar, las declaraciones y propuestas de carácter sindical provenían exclusivamente del MUCS o de las «62 Organizaciones». Cuando en el número 28 se publicó el «Programa de Soluciones Mínimas» que las «62» dieron a conocer en conferencia de prensa, **Soluciones** reiteró su opinión respecto de que medidas de ese tenor deberían ser tomadas por el plenario del MOU, y no por uno solo de sus integrantes.⁵⁸ A la vez, en ese mismo número —el último—, se da a conocer una Declaración en la que el Comité Ejecutivo del PC llama a mantener y acrecentar la «acción unitaria» con los trabajadores peronistas, y reafirma su línea para la construcción del «Frente Democrático Nacional» con todas las «fuerzas progresistas, democráticas y patrióticas». En la misma declaración, la dirección comunista valoriza el propio aporte al reciente caudal del «blanco» al afirmar que «de no haber sido ilegalizado», el PC hubiese seguido aumentado sus votos, tal como venía ocurriendo desde las elecciones de Mendoza y Santa Fe.⁵⁹

⁵⁶ **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960.

⁵⁷ **Soluciones**, n° 28, 14/4/1960.

⁵⁸ El mencionado programa contiene entre sus puntos: rechazo a una posible modificación de la Ley de Asociaciones Profesionales, normalización de la CGT, modificación del rumbo económico, libertad a los presos políticos y gremiales y fin de las proscripciones, **Soluciones**, n° 28, 14/4/1960.

⁵⁹ Sobre Mendoza, ver nota 34. En Santa Fe, en 1959, se habían desarrollado elecciones comunales en las que efectivamente los comunistas habían incrementado sus votos. **Nueva Era**, n° 3, abril de 1960, contiene completo el «Llamamiento del CC del Partido Comunista a la clase obrera y al pueblo argentino para que voten en blanco el 27 de marzo y luchen por la anulación de las elecciones fraudulentas y por la realización de elecciones verdaderamente democráticas».

Según puede apreciarse en las notas de los últimos números, las discrepancias entre peronistas y comunistas tenían su raíz inmediata en apreciaciones divergentes respecto de las perspectivas políticas abiertas por las recientes elecciones del 27 de marzo. Para el PC, en vistas a ensanchar los márgenes de «legalidad» en el escenario político nacional, la derrota de la UCRI a manos de la UCRP podía ser leída como un dato doblemente alentador: por un lado, el gobierno había sido debilitado, y por otro, la necesidad de superar la derrota impulsaría a sus legisladores a promover «medidas populares».

En cambio, en los ambientes peronistas, profundamente hostiles a la UCRP, nada positivo se esperaba de su triunfo; más aún, se evitaba toda opinión que aunque sólo fuera potencialmente pudiera incrementar el prestigio de ese partido. Por otra parte, si bien desde hacía algunos meses se había roto el pacto con Frondizi, en el peronismo no faltaban quienes conservaban lazos con la UCRI y su política «integracionista», o buscaban la legalización política a través de los neoperonismos.

Por su parte, el grupo de Viñas, cada vez más cercano a las posiciones de Cooke, pensaba que el «frente» a construir no debería ser tan amplio como para incorporar a radicales «del pueblo» ni tendría como objetivo la construcción de un gobierno de «amplia coalición democrática», como proponía el PC. El atento seguimiento de los sucesos cubanos, sumado al reciente desencanto con Frondizi, llevaba a poner en duda la posibilidad de que la «burguesía nacional» acompañara la realización de un proyecto antimperialista; más aún, las vicisitudes del gobierno de Fidel Castro mostraban que, para no frustrarse, la liberación nacional debía convertirse en revolución social.

Completando el cuadro de dificultades que llevaría a su fin la experiencia de **Soluciones**, corresponde mencionar que desde algunos círculos, particularmente los que rodeaban a John W. Cooke y Alicia Aguren, se ejercía presión con el fin de que el quincenario se manifestara en favor del inicio de acciones de tipo insurreccional, con las que los comunistas no acordaban.⁶⁰

Para finalizar, una breve mención del itinerario posterior de los grupos que dieron vida a **Soluciones** permitirá apreciar la importancia de aquella temprana experiencia de unidad sobre los discursos y prácticas de cada uno de ellos en los años siguientes. Al mismo tiempo se advertirán los límites que la empresa unitaria entrañaba, toda vez que los obstáculos provenían no sólo de las diferencias en la cultura y el estilo político de cada corriente, sino también de las divergencias existentes en los respectivos espacios políticos.

En el caso de los ex-frondizistas, como ha sido visto, ya durante 1959 una importante cantidad de dirigentes y parlamentarios

⁶⁰ Debe recordarse que entre octubre de 1959 y junio de 1960, se desarrolló la guerrilla peronista de los Uturuncos, en las provincias de Santiago del Estero y Tucumán, ver Ernesto Salas, *op. cit.* Reiteradamente se ha señalado que Cooke estuvo entre los promotores de dicha experiencia. I. Gilbert (entrevista con la autora, 2009) confirma que, particularmente Eguren, alentaba el pasaje a acciones insurreccionales.

de la UCRI —y de su Juventud— procesó su ruptura no sólo con Frondizi sino también con el partido:⁶¹ unos organizando el Movimiento Nacional y Popular (MNYP), y otros constituyendo el Movimiento Nacional de Unidad Popular (MNUP), bajo el liderazgo de Ismael Viñas. En principio ambos grupos se ubicaban en las cercanías del PC, pero luego los avatares de la política nacional y la influencia de la Revolución Cubana hicieron que la gente de Viñas evolucionara hacia posiciones propias del nacionalismo popular y revolucionario, y se acercara tanto al peronismo de izquierda como a la radicalizada izquierda socialista.⁶² Al mismo tiempo que la experiencia de **Soluciones** tocaba a su fin, Viñas ya había conformado una nueva organización, el Frente de Izquierda Revolucionario Popular (FIRP), antecedente directo del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), grupo claramente ubicado en el campo del «cubanismo» y de la naciente «nueva izquierda» argentina. La consolidación de esta línea no podía sino generar diferencias con los comunistas en temas tan importantes como el de las «etapas» y las «vías» de la revolución.

El PC, por su parte, conservó buenas relaciones con otros ex —frondizistas que, en muchos casos, fueron sus aliados en la conformación de «partidos amigos», a través de los cuales en ocasiones pudo sortear su propia proscripción electoral.⁶³ También, y a pesar de la disolución del MOU, conservó vínculos con sectores del peronismo gremial y político, en particular con el Ing. Alberto Iturbe —presidente del Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo. Una de las líneas de continuidad de esas relaciones se expresaría más adelante cuando, en las cruciales elecciones de marzo de 1962 el PC —como casi toda la izquierda— llamó a votar por Andrés Framini, candidato de la Unión Popular a la gobernación de la provincia de Buenos Aires.⁶⁴ Para los comunistas, especialmente para el sector de Codovilla, Framini y su discurso «clasista» encarnaban el «giro a la izquierda» del peronismo que tanto los ilusionaba.⁶⁵

En el peronismo, particularmente en su «línea dura», el fin de la experiencia de **Soluciones** y del MOU no implicó la clausura de sus relaciones con la izquierda. Entre 1960 y 1962, además de mantener nexos con el PC, intensificó los vínculos con el grupo de Viñas y con la «izquierda» del PSA. Durante esta etapa, en la que el peronismo parecía orientarse hacia la constitución de «frentes de izquierda», se produjeron dos episodios de importancia en el plano político-electoral: en febrero de 1961, Alfredo Palacios —candidato del PSA— fue consagrado senador por la Capital Federal con el apoyo del PC y del grupo de Viñas, y un importante aporte de votos peronistas⁶⁶; en marzo de 1962, Andrés Framini fue elegido para ejercer la gobernación de la provincia de Buenos Aires, no sólo con el voto del peronismo sino con el de casi toda la izquierda —desde el PC hasta los grupos y partidos de la «nueva» izquierda.⁶⁷

Cuando esas elecciones fueron anuladas, la pasividad con que el peronismo respondió al arrebato de su triunfo produjo una extendida decepción en los medios de izquierda. Sin embargo, poco meses después —ya derrocado Frondizi—, con el nuevo avance de los «duros» en el sindicalismo parecía concretarse el «giro a la izquierda» anunciado por Perón: en julio de 1962 el plenario de las «62 Organizaciones» aprobó en Huerta Grande un programa de tono socializante que, de allí en más, sería recurrentemente invocado por el sindicalismo «antiburocrático», por la CGT de los Argentinos, y por todas las corrientes de izquierda, incluidas las del peronismo.⁶⁸

⁶¹ Ya en abril de 1959, **Contorno**, n° 9/10 había publicado «Análisis del frondizismo», que contenía las principales tesis de Viñas acerca de la necesidad de conformar un movimiento de tipo nacionalista popular y revolucionario que superara al frondizismo y su frustrada experiencia de «frente nacional y popular».

⁶² La «izquierda» del PSA —predominantemente juvenil—, se proclamaba revolucionaria, pro cubana e impulsaba la constitución de un frente con el peronismo; sus posiciones eran más cercanas a las de Cooke, Viñas y los futuros grupos disidentes del PC —por ejemplo, Vanguardia Revolucionaria—, que del ala «moderada» de su propio partido, María C. Tortti, *op. cit.*

⁶³ Entre ellos: el Partido del Trabajo y del Progreso y el Movimiento Popular Argentino.

⁶⁴ **Nuestra Palabra**, 20/2/1962 y 6/3/1962.

⁶⁵ La posición comunista, expuesta en el Comité Central en julio de 1962, en V. Codovilla, «El significado del 'giro a la izquierda' del peronismo», Buenos Aires, Anteo, 1962, y **Nuestra Palabra**, n° 3, 31/7/62, afirmaba que después de las «vacilaciones» posteriores al 18 de marzo, en los trabajadores peronistas había crecido la «conciencia de clase», y que su lenguaje político resultaba «más cercano al de los comunistas»; y que Perón, comprendiendo la madurez alcanzada por la clase obrera, había aconsejado un «giro a la izquierda» cuya vigencia se evidenciaba en que algunos dirigentes peronistas habían participado en el Congreso Mundial de la Paz —realizado en Moscú— y en que una delegación de las «62» estuviera pronta a viajar a Cuba. En otra parte, el documento señala que a partir del «giro», dentro del peronismo se diferenciaban tres «alas»: la «derecha» (Guardo, Bramuglia, Mercante, Saadi, Iñiguez), la «ultraizquierdista» (Borro, Di Pasquale y Jonch), y la «fundamental», encabezada por Framini.

⁶⁶ En esa elección, Palacios se impuso en varios de los distritos con fuerte composición obrera de la ciudad de Buenos Aires, M. C. Tortti, *op. cit.*, cap. 4.

⁶⁷ Framini fue votado por los comunistas, los socialistas de vanguardia, el MLN, entre otros grupos; además, suscitó el apoyo público de grupos universitarios e intelectuales. Sobre el masivo apoyo de la izquierda a Framini, M. C. Tortti, *op. cit.* cap. 6.

⁶⁸ El Programa retomaba el espíritu de de La Falda, ver nota 1. En el de Huerta Grande se reclamaba el control obrero sobre la producción, la nacionalización de las industrias básicas y un plan de expropiaciones de la gran propiedad rural.



Resumen

El quincenario **Soluciones** refleja una temprana experiencia de articulación política opositora entre algunos sectores de izquierda y el proscrito peronismo, durante la primera etapa de la presidencia de Arturo Frondizi. El artículo muestra la confluencia de comunistas, peronistas y ex frondizistas en la constitución del Movimiento Obrero Unificado, en la denuncia de la proscripción y de la represión, y en la organización de la campaña por el voto en blanco en las primeras elecciones de carácter nacional convocadas por el gobierno. Las páginas de **Soluciones** permiten advertir hasta qué punto la llamada «traición» de Frondizi aceleró los intercambios y los procesos de reconfiguración político-ideológica que venían incubándose en las mencionadas tradiciones políticas desde la caída del peronismo.

Palabras clave: peronismo; izquierda; proscripción.

Abstract

The fortnightly **Solutions** reflects an early experience of opposition political articulation among some left sectors and the proscription Peronist, during the first stage of the presidency of Arturo Frondizi. The article shows the confluence of Communists, peronists and former Frondizism in the constitution of United Workers Movement, in denouncing of the proscription and repression, and in the organization of the campaign for the white vote in the first national elections convened by the government. Solutions pages enable us to detect how the «betrayal» Frondizi, accelerated trade and processes of political-ideological reconfiguration coming incubated in the mentioned policy traditions since the fall of Peronism.

Keywords: peronism; left; proscription.